NELSON B

ÍNDICE

EDITORIAL....1
PARTE DE NUESTRAS VIDAS....2
LA REVOLUCIÓN DIGITAL....3
LA MUERTE DE UN BANQUERO....6
NO MÁS RECUERDOS....16
EDUCACIÓN POLÍGLOTA....16
HISTORIA DE FICCION ALTERNATIVA ¿SI HUBIESE FALLADO LA OPERACIÓN OGRO?....19
EL TEMOR DEL PRIMO FRANCIS....23
LA NECESIDAD DE CENTRARSE....26
SANGRE DE TUS VENAS....28
LÓBULOS PREFRONTALES Y CIVILIZACIÓN....40
SÍ, SÍ HAY TEMBLOR....42
EXPIACIÓN....44
PATERNIDAD....53
PORTAESTANDARTE....57
HERENCIA....58
HIJOS DEL FUTURO....62
CARTAS AL DIRECTOR....64
MANIQUÍES....64
POR UN FUTURO LEVÓGIRO....66
A LAS GENERACIONES FUTURAS....67
EPÍLOGO....70
EL PUNTO Y FINAL....71

BANDERAS DE NUESTROS HIJOS

Nº32. Revista literaria sin nombre fijo ni contenido fijo que no se sabe si volverá a editarse.
Redactores JLM y JCJ

EDITORIAL

"¿Qué será, será?", cantaba hace ya bastantes años Doris Day, preguntando por su vida primero y luego, ya al final, por la de sus hijos. Concretamente lo hacía en 1956 y dentro de la película "El hombre que sabía demasiado", de Hitchcock, lo cual no deja de añadir una nota de humor al título de la pieza que, por cierto, ganó el Óscar a la mejor canción y se convirtió en un auténtico clásico.

Aquí, en nuestra revista, llevamos números y más números planteándonos preguntas de toda índole. Personales, universales, sobre el presente, el pasado o el porvenir. Pero no hasta el momento, cuando menos de modo explícito, sobre cómo será el futuro de las siguientes generaciones, tanto en cuanto a sus deseos y aspiraciones, valores o cualidades como a la herencia con la que los obliguemos a trabajar, que se intuye cargada de problemas, si es que no es nefasta.

Sin duda su mundo será distinto del nuestro. También ellos. Seres digitales, por primera vez nacidos en un mundo no analógico, como se menciona en otro artículo de la revista. Con diferentes motivaciones e intereses, preocupaciones y valores. De esa parte de la herencia también tendremos responsabillidad, mérito o culpa, según los casos. Pero de las condiciones del mundo en que los obliguemos a vivir, del medio ambiente tanto como del medio social, económico o político, también seremos los artífices. Y ahí no resulta sencillo ser optimistas. Miopes acelerados abocamos el mundo al desastre y parece que serán nuestros descendientes y los suyos, durante muchas generaciones, los que tendrán que lidiar con los problemas que hemos creado o dejado crecer.

Por desgracia, en estas páginas no vamos a poder arreglar el mundo. Pero si nos acompañas, querido lector, procuraremos mostrarte algunas visiones del presente y del futuro, unas ficticias y otras que se presentan como tristemente reales, con las que intentaremos hacerte pensar y hasta abrirte los ojos en algún caso. Ojalá seamos también capaces de abrir las mentes y extender el raciocinio, incluido el nuestro.

Como nuestro optimismo no llega para tanto como para pensarnos capaces de cambiar el mundo, seremos más humildes. Nos plantearemos, tan

solo y ya es mucho, hacerte recapacitar mientras te entretenemos con nuestras palabras acerca de algún posible porvenir.

PARTE DE NUESTRAS VIDAS

Hace ya algún tiempo me sorprendió, tontamente supongo, y llamó mi atención un anuncio absurdo acerca de las bondades de la publicidad. En un panel publicitario sin alquilar se decía que "la publicidad forma parte de nuestras vidas" como si la solera justificara, como para otros lo hace el aumento del consumo pretendido, la necesidad, bondad o justicia de los anuncios.

Para mí, lo confieso, no son otra cosa que un engaño malintencionado. Y sé que muchos publicistas y muchos honrados trabajadores de las empresas anunciadas dependen del éxito de las campañas publicitarias para recibir el correspondiente salario y mantener su empleo. Tampoco seré uno de esos fariseos que afirme con rotundidad que siempre mantendrá su integridad y jamás probará ese cáliz mefistofélico en sí mismo. Como cada quien, mantengo en mi imaginario —ante todo en el recuerdo de la época infantil— canciones, letras y vídeos de anuncios que me embaucaron e hipnotizaron. Pero eso no me hará amar la publicidad ni concederle valor. También asumo que si, en mis ínfulas como escritor, una editorial de peso apostara por mí y me hiciera publicidad hasta en los cereales infantiles yo me sentiría el más dichoso de los mortales. Pero eso no justifica que la publicidad me parezca moralmente loable ni que ello vuelva adecuado el sistema.

También la enfermedad, la vejez, la guerra, el hambre o la muerte forman parte de nuestras vidas. Pero eso no hace que nuestra visión de tales desgracias sea más optimista, llevadera o resignada. Igual que los políticos corruptos —con tanta solera en nuestro país como los anuncios y recurriendo, en muchos casos, a la propia publicidad, pegadas de carteles o eslóganes incluidos, para buscar su oscuro beneficio por vías supuestamente democráticas—, o las vecinas cotillas y los compañeros chivatos. Pero ello no vuelve honorable ninguno de tales comportamientos.

Hay demasiadas cosas que forman parte de nuestras vidas de las que todos desearíamos podernos deshacer de inmediato y sin secuelas. Si alguien que se declare de ideología conservadora apuesta por mantener todas esas lacras por su mera antigüedad y omnipresencia, creo que sus

propios correligionarios —salvo que se incluyan en alguna de las nefastas categorías a conservar, como la de los políticos mencionados— estarían de acuerdo en tacharlos de locos o imbéciles.

Sin embargo, con esa manía tan típica de los publicistas de buscar frases breves y pegadizas, de esas que se graban en la mente de los críos y los ya crecidos y las repiten casi sin querer o las aplican contra su voluntad, los responsables de esta humilde campaña publicitaria nos sueltan la sandez de la costumbre como sancionadora de las bondades de su oficio, dando por sentado que casi nadie pensará en el contenido de la misma. Y yo, no por inquina contra los pobres creativos, ni aun contra la publicidad, por más que me moleste, cargo contra su bonito eslogan de papel y caigo en la cuenta de que albergamos, quizá también contra nuestra voluntad, una nada saludable tendencia a mantener lo malo y aun lo pésimo tan solo por poseer la dudosa virtud de ser viejo o conocido. ¿No tenemos ese absurdo refrán de que "más vale malo conocido que bueno por conocer"? Y no niego que también hay gente que, con la excusa de la novedad o la originalidad, destruye lo bueno por idénticas razones, pero me temo que predominan los de la primera tendencia y, gracias a ellos y con nuestro consentimiento, dejaremos para el futuro toda una serie de absurdos y horrores que nos parecen naturales solo porque nos acompañan desde hace mucho, porque forman parte de nuestras vidas.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA REVOLUCIÓN DIGITAL

No deja de ser curioso que la palabra digital derive de dedo. Igual que dígito que, en origen, hacía referencia al propio apéndice de la mano con el que se contaba cada cifra de nuestro tradicional sistema decimal el cual, si nos parece el más natural, no es por las ventajas operatorias a que pueda dar lugar, sino porque es lo más lógico que un primate con manos de cinco dedos utilice dichas prolongaciones como primera herramienta de cálculo. Luego, por extensión, el término quedó para las cifras de cualquier sistema de numeración, independientemente de su base, aunque el número de dígitos pase de diez —de 0 a 9— en el nuestro a dos en el binario —0 y 1 — o dieciséis en el hexadecimal —añadiendo letras en lugar de los números de una cifra que nos faltan hasta completar el total—, ambos sistemas

útiles en electrónica y, por tanto, en el mundo digital en el que estamos sumidos.

Yo, como tantos de mi generación y de todas las anteriores, disto mucho de ser una persona digital. Nací en un mundo analógico donde la información se almacenaba en una multitud de medios y no como una serie de ceros y unos. Pero sí que asistí, sin ser apenas consciente de ello, a la revolución que se estaba desarrollando en el flujo de información, su almacenamiento y su uso en multitud de herramientas. Hasta que, sin darnos cuenta, toda la información no digitalizada, desde los textos a las imágenes, pasando por la música o las instrucciones de funcionamiento de mil máquinas, había visto como su soporte quedaba anticuado. Infinitos datos se habían reducido a unos y ceros, convirtiendo en obsoletos todos los soportes previos. Si ya a nosotros se nos muestran con tintes antediluvianos, cabe pensar que para los hombres del futuro —tal vez ya para nuestros propios hijos o nietos— nuestros familiares soportes de información del siglo XX resulten tan pintorescos como las tablillas de arcilla sumerias.

El cambio producido no es, sin embargo y contra lo que más de uno tienda a pensar, de tipo meramente formal. Sino más bien esencial. Lo digital ha llegado para quedarse, sustituir a todos los datos anteriores y cambiarnos a nosotros mismos. Nuestros modos de trabajar y también los de pensar. Quizá sea demasiado tarde para muchos de nosotros, pero más nos valdría que nuestros hijos, nativos digitales, lo fueran de facto, superando nuestras limitaciones al respecto.

Recuerdo mis primeras experiencias al respecto. Con un ordenador ZX Spectrum de 48 Kb, 8bits, 8 colores, altavoz espantoso y carga de software por cinta de casete, es decir, carga analógica y lentísima al tiempo que rudimentaria y poco fiable. Tras cinco minutos de aburrida y exasperante carga te arriesgabas a que, al final, la pantalla, normalmente de un viejo televisor, te anunciara que el proceso había resultado fallido —con mensajes del tipo "tape loading error in 0.1", como si hubiera sucedido al inicio de la carga y el trasto se regodeara en hacerte sufrir hasta el final para indicarlo—, lo que no impedía que aquella tecnología punta fuera el summum de la sofisticación y la diversión para chiquillos y adolescentes. Confieso que, ya entonces, mi adaptación digital no alcanzó más que para aprender unos miserables rudimentos de Basic y un escasísimo manejo del ordenador. Hubo quien sí se adaptó y se convirtió en auténtico friqui de la programación. Lo cual enlaza con la parte final de este ensayo.

Hoy todavía conviven mezclados muchos aparatos y registros de ambos tipos. Pero, incluso en nuestros días, empezamos a percibir como anacrónicos, más que simplemente obsoletos, muchos de los medios a los que estábamos acostumbrados, desde un LP o una cinta de casete, música o vídeo, pasando por las películas con emulsión, de fotografía o de cine, hasta los propios libros de papel, por no decir las cartas. Ya mismo, y más en el futuro, todos esos materiales serán objetos de coleccionismo y anticuario, cuando hace unas décadas eran lo más moderno de la tecnología. Basta recordar el éxito ochentero de Buggles: "Video killed the radio star". Es de suponer que el cambio se acelere. A los periódicos y revistas quizá les queden dos telediarios y a los soportes actuales sin duda los sustituirán otros mucho mejores, pero menos revolucionarios porque supondrán un cambio, sí, pero digital. Lo no digital se perderá o casi, por eso parece tan importante el pasar todos los datos analógicos a binario.

Y es que lo digital no es solo un avance o una modernidad. Es, como dice el título, una verdadera revolución. Porque altera el paradigma establecido y debería cambiar usos, costumbres e incluso el propio aprendizaje. La extensión de lo digital, asociada a automatismos y un modo de procesar información, también supone, o debería hacerlo, un cambio de mentalidad. No en vano, desde hace tiempo son muchos los que insisten, y creo que con razón, en que las nuevas generaciones deberían recibir, junto con los tradicionales conocimientos acerca de lenguaje y matemáticas, el típico leer y escribir más las cuatro reglas, con el añadido más moderno de los idiomas —empezando, pero solo, por el omnipresente inglés— una completa y precisa formación para el mundo digital, aprendiendo no solo a programar o manejar aparatos sino, más importante, a desarrollar el pensamiento computacional para ser capaces de entender el nuevo lenguaje y emplearlo para comunicarse, es decir, desarrollar ideas propias. El concepto lo desarrolló Jeanette Wing y ha tenido muchos seguidores. Según la autora, el pensamiento computacional implica resolver problemas, diseñar sistemas y comprender el comportamiento humano, haciendo uso de los conceptos fundamentales de la informática. Podéis encontrar otras definiciones, pero todas marchan en el mismo sentido. El riesgo de no hacerlo es convertirse en un nuevo tipo de analfabeto, una suerte de cavernícola moderno con poco futuro en este mundo acelerado: el hombre analógico. A los que el cambio nos ha pillado mayores o a contrapié, a los que nos ha pasado por encima o nos hemos obcecado en anclarnos al pasado, ya no nos queda opción de verdadero reenganche. Expresarnos en spanbit

—el spanglish informático— es lo más a lo que podemos aspirar. Haríamos bien en otorgar a nuestros hijos una mejor oportunidad. Y que conste que el futuro aún complicará las cosas. No sé si habrá que referirse a la competencia digital cuántica, con sus qubits, como un paradigma futuro y diferente. O quizá no tan lejano en el tiempo como puede parecernos. En todo caso, debemos ser conscientes de que el futuro nos contemplará, en nuestra falsa y cacareada modernidad —el último siglo, como el último minuto, siempre es el más moderno hasta que al instante se convierte en pasado—, como nosotros vemos al hombre prehistórico o a los seres antediluvianos de los que solo nos quedan fósiles y hermosas historias reconstruidas con los medios del futuro.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA MUERTE DE UN BANQUERO

Las visitas al usurero eran un recuerdo constante en la vida de Miguel desde su más tierna infancia. Apenas un crío, acompañaba a su padre, cada mes, a aquella cita incómoda, normalizada por la fuerza de la rutina.

Cuando recordaba a su padre, una de las imágenes que acudía recurrentemente a su memoria era la que se lo mostraba humilde y humillado, casi avergonzado, extendiendo los pocos o muchos dineros que el buen hombre había juntado, sustrayéndolos de la exigua paga y renunciando a lo que para otros parecía imprescindible, para abonar la cuota correspondiente del préstamo maldito. El usurero, a quien todos se dirigían como don Gabriel, siempre contaba minuciosamente los billetes y monedas, con voluptuosidad cercana a la lujuria, al tiempo que parecía sentir asco por sus miserables visitantes. Para Miguel, los gestos obscenos de aquel tipo mezquino siempre habían sido repugnantes. Su manera de mirar a su padre, a él mismo cuando lo acompañaba, odiosa y ofensiva. Hasta tal punto que, desde niño, Miguel había desarrollado animadversión por aquel término, don, que implicaba tan solo un tratamiento respetuoso, y por quienes lo portaban antepuesto a su nombre. Del mismo modo que odiaba el angelical nombre del propio usurero como si fuera sinónimo de Satán o Belcebú.

El origen de la deuda no tenía nada de oscuro o vergonzante, aunque los pagos sí causasen dolor y vergüenza. La abuela, la madre del deudor, que no era otro que su padre, Sebastián, enfermó de gravedad.

Viuda y Sebastián su único hijo. Los médicos incapaces de reconocer o, siquiera, tratar su mal. La promesa del milagro en un galeno extranjero y Sebastián que, sin recursos que poner sobre la mesa, busca un prestamista que le proporcione el dinero necesario para curar a la madre. La negativa de los bancos y de casi todos los particulares. Hasta dar con don Gabriel, conocida sanguijuela y capaz de leer en los ojos del prestatario la determinación y la honradez que lo convertirán en inversión más segura de lo que se intuye. El interés desproporcionado. Las cuotas abusivas y variables: si Sebastián se retrasa en un pago, deberá incrementar los intereses en el siguiente o prorrogar el tiempo y número de los abonos. A su padre no le importó. O sí, pero no tuvo ánimo para negarse. Todo por la madre enferma.

Viajó con ella a Berlín. Pagó un intérprete por hacerse entender. Abonó religiosamente la minuta de cada prueba. Permitió que aquel doctor famoso los marease a él y a la abuela, le suministrase un par de tratamientos tan absurdos como ineficaces, consintió en que realizase una intervención quirúrgica desesperada y se volvió a casa con su madre aún peor que llegó y la bolsa vacía, de esperanzas tanto como de dinero. La abuela murió y Sebastián aún se mortificó durante meses por no haber sido capaz de salvarla. Su mujer no se lo recriminó. Ni sus pequeños, Miguel y Ángela, se enteraron de demasiado. Eran gente religiosa y humilde. Pero no aceptaron con resignación aquella pérdida y se vieron obligados a malvivir durante años para satisfacer la deuda contraída. Y tal término, que puede aplicarse a un contagio o una enfermedad, para Sebastián parecía más próximo a un pecado o una penitencia. Debía cargar con su cruz monetaria tras haber fallado a su madre, la abuela Palmira a la que Miguel conoció pero no recordaba de su ternísima infancia. Sebastián, sin una sola queja, iba cada mes a pagar a don Gabriel lo que podía. Las más de las veces, la cuota exacta correspondiente. A costa de estrecheces, privaciones y penurias. Trabajaba como un animal para mantener a los suyos, para que a los críos no les faltara nada. Para que su Cándida no tuviera que partirse aún más el lomo fuera de casa. Otras veces, por imprevistos, porque el trabajo no daba más de sí, porque caía malo unos días, pocos, no llegaba a cubrir la cuota y el usurero, exhibiendo lo más parecido a una sonrisa zorruna en sus labios, que contrastaba vivamente con el aparente enfado en su voz, amenazaba, humillaba, tomaba lo que se le daba y exigía un pago mayor para el siguiente mes al tiempo que anotaba en su mugrienta libreta la nueva fecha de conclusión para los pagos.

Mes tras mes, año tras año, Sebastián, con el apoyo y empeño de toda la familia, pagaba su deuda, la que costeó el viaje que no sirvió para salvar a la abuela. Sin queja, sin duda ni lamentación. Asumidas su culpa y responsabilidad, su pecado y penitencia. Igual que otros encargan misas y novenas, o llenan de flores las tumbas o de estatuas los mausoleos, Sebastián pagaba su deuda, de dinero y sangre, a costa de su tiempo y su salud, de incrementar su carga de miseria y la que les correspondía a los que estaban a su cargo.

Su culpa imaginaria carecía, a sus ojos, de cualquier posible expiación. Pagaba escrupulosamente su deuda, de modo tan puntual como le era posible. Su hijo llegó a pensar que, si le molestaba realmente no pagar todo lo debido en una mensualidad no era por ver aplazada e incrementada su deuda, sino por el hecho en sí de no haber cumplido adecuadamente con su porción de sacrificio y entrega, con el recordatorio de que, de un modo que solo él podía percibir y sufrir, la había fallado. Y la había perdido.

Otros guardaban el recuerdo de sus seres queridos perdidos visitando sus tumbas o sus recuerdos comunes, álbumes de fotos o correspondencia intercambiada. Todos esos hábitos contienen su porción de masoquismo pero Sebastián se llevaba la palma y se consumía, espiritual y físicamente, por el dolor y el esfuerzo, cumpliendo con los plazos del usurero.

Miguel podía compadecer a su padre aunque, extrañamente, prefería admirarlo, denominando entereza y coherencia a su proceder aun años después de aquellas primeras visitas infantiles. Pero también podía permitirse odiar al usurero, don Gabriel, con todas sus ganas y sin el menor sentimiento de culpa. Ni se consideraba particularmente religioso ni una supuesta fe le iba a impedir dedicar todo su desprecio al prestamista. Uno no se apiada de las alimañas, ni siente lástima por la sanguijuela que le chupa hasta la última gota de la sangre con tal de saciar su ansia infinita. Eso era don Gabriel para Miguel, un parásito, una sabandija inmunda sobre la que proyectar toda su insatisfacción.

Al principio, Miguel le dedicaba ese desprecio en cada gesto y mirada, percibido o no por el usurero. A veces, el muy imbécil no se enteraba, o lo malinterpretaba. Pero otras, a Miguel no le cabía duda, los ojos del parásito captaban y bebían el odio del muchacho, sin posibilidad de confusión. Y entonces aquel maldito sonreía o se reía abiertamente. A Miguel nunca se le olvidaría la frase que el tipo le dedicó la única vez en

que se dignó manifestar públicamente —es decir, ante su padre y deudor— la atención que le brindaba de vez en cuando.

—Tu crío tiene la fea costumbre de mirar mal a quien le da de comer.

La sonrisa en su rostro desentonaba con la severidad en la frase, pese a la falsedad que incluía. Bien que Miguel miraba mal, peor que mal. Pero la sanguijuela le prestó dinero a Sebastián para que su padre intentara salvar a la abuela. Desde entonces, tras la pérdida de ambos, préstamo y abuela, el usurero no les había dado de comer sino, muy al contrario, los había privado de casi todo lo superfluo y bastante de lo esencial. Y eso que el padre era el que asumía casi todas las penurias y siempre intentaba descargar a los chicos de la mayor parte de las privaciones. Pero Miguel solo recordaba mínimos caprichos consentidos y pocas alegrías en común. De todo lo demás, carencias y tristeza, consideraba único responsable al señor don Gabriel Bermúdez, administrador de fincas, según rezaba el cartel de su nefasto negocio que nunca se había dedicado a tal menester más que como tapadera. Quedaba mejor que chupasangres, sí, pero era mucho menos cierto.

El caso es que ese odio exhibido pero no verbalizado prosiguió durante varios años, justo hasta la muerte del padre. Curiosamente, tras el fallecimiento, el odio no confesado pasó a ser oculto y disimulado, trocado por respeto y humildad aparentes ante aquel tipo presuntuoso.

El odio pareció esfumarse. No así la deuda, que parecía interminable. Obviamente, Miguel podría haberse negado a seguirla abonando. Sin duda estaba más que pagada y el usurero no habría convertido en víctima al hijo de su deudor muerto pero, al más puro estilo dickensiano, Miguel aceptó la deuda como propia, asumió los pagos que restaban, que abarcaban aún varios años, y se empeñó en adjudicarse el mismo papel de penitente que ejerciera su difunto padre, como si también él acarrease su porción de culpa por no haber sabido librar a su progenitor del peso de aquella deuda que pareció consumirlo poco a poco durante el transcurso de casi tres décadas.

—Veo que es usted persona tan cumplidora como su señor padre, que Nuestro Señor tenga en su gloria —le dijo la sanguijuela la primera vez en que Miguel acudió a abonarle la mensualidad y le explicó la muerte de su padre, la larga enfermedad y la imposibilidad no ya de juntar el dinero para el pago mensual sino para acudir a la cita.

Miguel no respondió al supuesto halago y se limitó a asentir levemente con la cabeza, lo cual podía significar cualquier cosa. Don Gabriel se dio por satisfecho con el gesto y los billetes y, desde entonces, la escena se repitió, con tintes casi de ritual religioso, mes tras mes durante unos cuantos años más. Pero eso no significaba que Miguel, simplemente, se hubiera adjudicado el papel de su padre, culpa y deuda incluidas. Ni que hubiera perdonado al malhechor que seguía sangrando a la familia. Menos aún que el odio se hubiera apaciguado en él o que hubiera dejado de aborrecerlo y despreciarlo, sino muy al contrario. Solo que esa corriente de negros sentimientos permanecía oculta, como un oscuro río subterráneo al que no dejaba aflorar. Se trataba de algo intencionado y con una finalidad. Pero de ello nunca llegó a saber don Gabriel, tan mezquino y pagado de sí mismo como obtuso ante todo lo que no fueran él y sus negocios.

Como hiciera en época de su padre, el ya viejo usurero se regodeaba en el recuento de los billetes. Hacía con ellos una pequeña pila, los colocaba perfectamente para que ninguno sobresaliera y luego, pasando la yema de sus dedos índice y pulgar por su repugnante lengua, contaba cada billete sujetándolo por una esquina y plegándolo hacia afuera justo antes de repetir el gesto de humedecer los dedos y pasar el siguiente billete. El gesto goloso en la mirada, las maneras morbosas, casi de adicto a alguna droga, la delicadeza con la que tocaba el papel y el esmero con el que, finalmente y tras un nuevo recuento húmedo, depositaba los billetes en una caja de seguridad de metal, causaban tanto asco como dolor e ira a nuestro cumplidor heredero.

Sucedía que, pese a las estrecheces familiares, Miguel logró progresar. Estudió, con becas, hasta llegar a la universidad. Tuvo que compatibilizar estudio con trabajos esporádicos pero, pese a todo, fue capaz de licenciarse en Química con brillantez suficiente como para poder trabajar en un laboratorio, aunque fuera un técnico secundario en él. Y don Gabriel, por más que aquel conocimiento podría haberle resultado provechoso, nunca tuvo la curiosidad de informarse sobre el heredero de su deudor ni de preguntarle por el origen del dinero con el que se extendía en el tiempo el pago de aquella vieja deuda mil veces caducada. Quizá pensaba que Miguel era un infeliz o un lunático. Un enfermo de honradez o mero cumplidor de la promesa hecha a un padre moribundo.

Nunca imaginó, por tanto, que Miguel era un enfermo de odio y había urdido un plan vengativo, que él veía como justiciero, cuyo objetivo era la ruina de la sanguijuela.

Para Miguel se trataba casi de una necesidad. Podría haber culpado de los males de su padre y su familia al médico alemán que no curó a la abuela. Al propio padre que antepuso a la abuela frente a la familia y a su pusilanimidad ante la desgracia. A la abuela que se dejó hacer. A los bancos que no concedieron crédito. Al mundo en su conjunto con su carga implícita de injusticia. Pero no, Miguel hizo a don Gabriel personalmente responsable de los agravios acumulados durante años de visitas humillantes para pagar un préstamo más que abusivo. Y decidió que el usurero debía saldar su deuda pendiente, muy distinta de la basada en dinero. Y a fe que consiguió hacérsela pagar.

Conocía lo que eran la espera y la más absoluta de las paciencias. En su familia, el aplazamiento de los deseos era costumbre y la tenacidad para seguir adelante una necesidad. Algo de ello se plasmó desde niño en su carácter, igual que cierta vena lunática y retorcida que pocos habrían sido capaces de percibir en los silencios del muchacho. Incluso podría pensarse que su decisión de estudiar Química con las becas obtenidas tenía más que ver con su proyecto visionario y fatalista de venganza que con una auténtica vocación. Sea como fuere, la venganza no debía ser rápida ni brusca. Menos aún visible o susceptible de incriminarlo o volverlo sospechoso de haber participado en la desgracia del usurero. Su objetivo debía cumplirse en silencio y desde el completo anonimato. Parecerle un pazguato al mismísimo don Gabriel incluso en el momento del desenlace. Solo después Miguel podría permitirse una sonrisa de íntima satisfacción por el deber cumplido.

Hasta entonces, mes tras mes, año tras año, Miguel repitió imperturbable el ritual de las visitas, para diversión, sin duda, del usurero, satisfecho por la estúpida integridad de aquel joven que pagaba religiosa y escrupulosamente la deuda contraída décadas atrás por su padre. Don Gabriel recibió a Miguel con una amplia sonrisa, lo trataba como a un chiquillo, condescendiente y casi amable. Pero a Miguel aquello no lo preocupaba. Él tenía un plan, un objetivo, y poco le importaba la imagen que de él pudieran formarse su víctima ni nadie de su entorno. O mejor, sí que le satisfacía que lo pensasen un completo mentecato.

Miguel deseaba que el usurero sufriera tanto o más de lo que, a su juicio, había padecido su amado padre. Quizá pensara que la enfermedad y

su muerte a una edad relativamente poco avanzada se debían a la mala vida que había llevado, particularmente a causa de la deuda interminable. Y, dada su formación como químico, pensó en envenenarlo poco a poco y con prolongado sufrimiento. Pero claro, su intoxicación debía ser paulatina y en absoluto llamativa. Nadie debería relacionarlo a él con su malestar y su posterior fallecimiento. Así que Miguel se planteó tres problemas que debería resolver antes de poner en práctica su plan. Lo primero era establecer un contacto para poderle suministrar el veneno. Lo más obvio y sencillo era proseguir con los pagos de la deuda del difunto y así asegurarse una visita mensual a su víctima. El segundo asunto era decidir cuál sería la vía de inoculación. Una inyección, cápsula o alimento quedaban descartados. El uso de un gas era contraproducente, porque no solo sería inhalado por el destinatario sino por cualquiera que anduviera por allí, prestatarios incluidos, así como por el propio envenenador. De poco servirían los cuidados en el laboratorio para evitar el contacto si luego aspiraba el mismo aire envenenado que el usurero. Hacer que el veneno contactase con la piel del prestamista parecía tarea más sencilla, pero la eficacia se reduciría en proporción a la facilidad de absorción del compuesto. Por fortuna para su plan, recordaba una vieja costumbre de la sanguijuela, costumbre que tuvo ocasión de contemplar una y otra vez cuando asumió el papel de su padre en los pagos, así que decidió que el veneno debía ser ingerido por la víctima de manera inconsciente gracias a ese hábito. Quedaba, por último, el tercer problema, que no era otro que el de decidir cuál sería el veneno concreto que utilizaría para su lento homicidio. Los tóxicos más potentes a dosis bajas quedaban descartados. Solo le servían los de efectos acumulativos cuya gravedad únicamente se manifestara a largo plazo. De hecho, una vez analizado el asunto, Miguel se determinó a utilizar una sustancia cancerígena para cumplir su plan. Sería un veneno, sí, para causar daño y dolor a don Gabriel, pero el fin de su plan solo se consumaría cuando el tóxico desvelase su segunda propiedad como agente mutagénico poderoso sembrador de un tumor fatal. Aquella decisión, por el mero hecho del carácter estadístico de la mutación y su desarrollo posterior como cáncer, no suponía una certeza de éxito. No obstante, Miguel fiaba dicho éxito a la insistencia. La repetición de la dosis y la preferencia del compuesto por un órgano cuyo cáncer fuera fatal con más probabilidad le parecían un seguro, o casi, hacia la consecución de sus tétricos objetivos.

Se planteó ser tradicional: arsénico a bajas dosis y confiar en su efecto acumulativo. Pero el arsénico hace mucho que no pasa desapercibido. Igual que antimonio o mercurio, por poner dos ejemplos. Si bien este último estuvo tentado de usarlo ya que, tratándose de un usurero, quizá a nadie habría extrañado la intoxicación por mercurio si es que era de los que aún separaban el oro disolviéndolo en el metal líquido. Pero parecía demasiado truculento y en absoluto seguro.

También lo tentaron todo tipo de drogas naturales o de síntesis. Sustancias que, a bajas dosis, se usan como medicamento o apenas causan efecto apreciable, aunque tarden en eliminarse. Alcaloides vegetales, tóxicos fúngicos. Pero el asunto era complejo. Además de que necesitaba hilar fino. Si se le iba la mano en la dosis, acabaría de repente con el individuo, y esa no era su intención. Además de que ello podría levantar más sospechas de un posible envenenamiento y hasta situarlo en la lista de los sospechosos.

Solo se planteó la radiactividad como una posibilidad interesante pero inviable. Ni él tenía acceso a isótopos adecuados ni los medios para manejarlos. Aun el omnipresente radón casaba malamente con sus posibilidades y la vía decidida para el envenenamiento.

Finalmente, decidido el carácter mutagénico del tóxico, se impuso el químico con una cierta visión científica del asunto.

Estudió varias posibilidades: dioxinas, organofosforados, otros derivados bencénicos. Todos de efecto incierto, algunos escasamente acumulables y otros necesitados de dosis elevadas imposibles de aportar al señor Bermúdez. Al cabo se decidió por un derivado de la monometilhidrazina, afín por tanto a un veneno fúngico, la giromitrina, con el que algunos llegan a envenenarse de veras. Se trata de una seta común al norte de Europa que, en crudo, es altamente tóxica y guisada suele considerarse un manjar. Lo malo es que los vapores de su cocción también pueden resultar peligrosos y alguno se ha envenenado olfateando el guiso mientras se prepara. El problema era la escasa durabilidad del compuesto volátil, pero Miguel lo alteró para hacerlo más estable incluso en seco.

Resulta que, casi por casualidad, se enteró de que el potentado era aficionado a las setas, que incluía, al parecer, en su menú con cierta frecuencia y notable variedad. Aquello, que parecía no tener mucha relevancia, le dio a Miguel la idea y, aunque le costó llevarla a la práctica, su decisión fue tan fatal como el resultado.

La monometilhidrazina, del mismo modo que la giromitrina, afín a ella, al metabolizarse es, ante todo, hepatotóxica, nada desacostumbrado entre tóxicos fúngicos, pero con varias particularidades de interés para el justiciero, o asesino. En primer lugar, su efecto es lento, al par que acumulativo, igual que el daño subsecuente. Puede dar lugar a molestias gástricas, ataxias, hipotensión, es decir, una sintomatología un tanto molesta de por sí pero no demasiado reveladora. Por último, su acumulación en el hígado, con un procesado bastante incómodo, parece relacionarse fuertemente con el desarrollo de cáncer hepático. Un cáncer glandular no suele ser fácil de tratar y Miguel confiaba en que don Gabriel lo desarrollase mucho antes de que se lo descubrieran. La confianza podría haberse revelado equivocada pero, en este caso, el envenenamiento y el tumor fueron de la mano lentamente hasta que el usurero, o finado, desapareció de este mundo tras varios años de «tratamiento».

Miguel, cada mes que acudía, como penitente, a entregar el correspondiente pago de la deuda, que para él era más de sangre que pecuniaria, llevaba el dinero atado en un fajo formado por billetes pequeños, los de menor valor que podía. Incluso cambiaba otros mayores para proporcionar más billetes. Quizá a don Gabriel le divertiría el detalle de que su deudor le entregase siempre muchos billetitos en vez de unos pocos de mayor valor y más cómodos de llevar. Probablemente hasta lo prefiriera. Ya se sabe que, en estos asuntos de la economía sucia, el lavado del dinero siempre es más fácil cuanto menor el valor de cada unidad monetaria. Billetes grandes, transferencias o talones suelen dejar más huella que los billetitos sudados que han pasado por cientos de manos de menesterosos o aun los recién salidos del banco. Muy posiblemente don Gabriel suponía, equivocadamente, que Miguel, según tradición familiar, sisaba los cuartos de donde podía y juntaba los billetitos a costa de supremo esfuerzo. Miguel no iba a sacarlo de su error. Aunque podría haber saldado su deuda de una vez y no volverlo a ver, prefería aquellas sesiones masoquistas. Cada billetito estaba impregnado del compuesto de síntesis. No en dosis gigantescas, pero sí suficientes para causar daño y acumularse donde debía. ¿Por qué así? Por aquel vicio del prestamista de contar los billetes uno a uno y humedecer sus dedos con saliva. El recuento era la clave. Mientras don Gabriel se regodeaba en pasar uno a uno los billetes, en vez de colocarlos en una máquina y asegurarse la cifra correcta y una mayor higiene. A casi nadie le da asco el dinero, aunque haya pasado por mil manos y esté impregnado de todo tipo de miasmas.

Don Gabriel se envenenaba al llevar los dedos índice y pulgar a su boca, concretamente a su lengua, para proseguir con su antihigiénico ritual. Y Miguel, aun revuelto por la sola presencia de aquel indeseable, se reía por dentro a cada lametón.

Si desesperó o no de alcanzar su objetivo, no lo dejó traslucir. Metódico hasta el extremo, y con paciencia de santo que poco cuadraba con sus verdaderas intenciones, Miguel acudió durante cuatro años y medio a cumplir con el rito del pago. Sin preguntar jamás cuánto dinero faltaba. Como si no le importase, no lo supiera, o se dieran ambas circunstancias a la vez. Quizá el usurero se relamía pensando que aquel infeliz, o insensato, pasaría toda su vida abonando la cuota sin rechistar, aun décadas después de quedar saldada. Miguel suministró cada mes la dosis de veneno en los billetes, sobre todas y cada una de las esquinas. Él los entregaba de su propia mano, aunque ello supusiera un pequeño riesgo asumido. Las llevaba siempre secas y luego se limpiaba escrupulosamente. No así don Gabriel quien, al cabo de varios meses de observación, empezó a mostrar, a ojos de su matador, los signos primeros del mal que había sembrado, en su ictericia, en su gesto contraído o en algunas vagas y generales quejas acerca de la salud, el corazón o el estómago. El día en el que Miguel iba a hacer entrega de su quincuagésimo sexto pago, no fue don Gabriel quien recibió el dinero.

—Él no puede —se justificó el sicario que actuaba en su nombre.

Miguel protestó. No iba a darle su dinero a nadie que no fuera el señor Bermúdez. ¿Quién le aseguraba a él que el receptor entregaría la cuota a su jefe? Enseñó los billetes, pero se los guardó. Y lo mismo hizo durante los ocho meses siguientes, pero con más dinero en el bolsillo, igualmente envenenado por si don Gabriel reaparecía darle lo que veía como golpe de gracia. Pero el viejo no reapareció. En cada visita Miguel aumentaba el tamaño del fajo, pero se negaba a pagar si no era ante el jefe. Los encargados de suplirle en el negocio no debían de tener instrucciones sobre cómo comportarse ante tal eventualidad ni suficiente mala leche para romperle las piernas a un tipo que, efectivamente, portaba una y otra vez el dinero que tocaba abonar, según decían los papeles. Miguel se fue enterando del cáncer, de los dolores y tratamientos, cada vez más incómodos. Ese octavo mes no le fue entregado a don Gabriel, pero el compinche que lo recibió le indicó que el señor Bermúdez quería verlo en su lecho y Miguel, algo preocupado, se dejó lconducir hasta el usurero portando todo su fajo de billetes. Al ver a la sanguijuela no sintió

lástima, sino una inmensa alegría. El tipo estaba en las últimas y era una piltrafa de sí mismo. Los dolores debían ser atroces, tal como leyó en sus facciones. Pero él, disimulando una vez más, se disculpó por la intromisión y la desconfianza mostrada durante los últimos ocho meses y entregó al moribundo el dinero de todo ese tiempo. El viejo se alegró, sus mezquinos ojos brillaron y Miguel tuvo la certeza de que los contaría con los consabidos lametones. Más muerto que vivo, inició el ritual y Miguel anunció, para sorpresa de todos, que consideraba que, con ese último pago, la deuda quedaba saldada. No obstante, hizo un anuncio aún más inesperado:

—Si no le importa, eso sí, me gustaría pasarme de vez en cuando para preguntar a su gente cómo se encuentra.

Persona íntegra —y estúpida— hasta el final, pensaron, sin duda, el moribundo y sus acólitos, aunque agradecieron el detalle.

—No le quepa la menor duda de que estaré pendiente de la evolución de su estado —comentó, ocultando que deseaba poder contemplar la ruina creciente— y rezaré por usted —a todos los demonios del infierno para que lo recibieran pronto en su seno.

No dijo más. Se marchó con la cabeza bien alta. Se sentía muy satisfecho. Y cumplió su palabra de volver cada cierto tiempo a interesarse por don Gabriel Bermúdez, el banquero. Se enteró de su muerte por la prensa local. Desde entonces no volvió a realizar visita alguna. Pero sí que acudió al funeral. No presentó sus respetos ni dio el pésame a la familia. Tan solo quería ver como enterraban a su enemigo.

Aquel fue un momento dulce. Por fin había cumplido su objetivo de saldar la deuda.

Juan Luis Monedero Rodrigo

NO MÁS RECUERDOS

Quiero borrar tus recuerdos
para olvidar nuestra historia.
La memoria de tus días
la trocaré en Gomorra
más real en mi voz que un pensamiento.
Me olvidé de mis sueños,

borré todos mis días
con absurda alegría,
para fijarme solo en nuestra hora
sin un pasado antepuesto.
¡Cómo ha cambiado el signo de los tiempos!
Efímera, como siempre, fue la gloria.
Llegó el dolor, lleno de alevosía,
para volverme tu presencia odiosa
y hoy curo con vacío sentimientos.

Antón Martín Pirulero

EDUCACIÓN POLÍGLOTA

Antes de comentar la brillante idea que quiero compartir con todos los lectores, no quiero dejar pasar la ocasión de aplaudir, desde estas humildes páginas, la apuesta pedagógica que, desde muchas de nuestras comunidades autónomas, se hace por el bilingüismo escolar y la deuda que con esta opción educativa tiene mi monumental hallazgo intelectual con una aplicación práctica tan obvia como rentable.

Las ventajas del bilingüismo son indudables. Su versión escolar, al menos en nuestro país y en estos tiempos, es tan lamentable como inútil, aunque cualquier mente mínimamente lúcida puede percibir sus claras ventajas. Enseñar el inglés a quien no maneja ni los rudimentos de su propio idioma es receta segura para acercarlo al analfabetismo funcional. Vender tal bilingüismo a los hijos brillantes de proletarios es un buen modo de domesticar su mente. Si a eso le añadimos la enseñanza de la historia o la ciencia en una lengua no vernácula, conseguiremos que la ignorancia resplandezca en sus torpes mentes por culpa del papanatismo de su padres. Si luego se les entrena en algún oficio, los muchachos podrán servir fielmente a la sociedad sin suponer un problema para ella.

Pero no es de esta obviedad de lo que deseaba hablar, sino de un avance apropiado para las élites y que, en cierto sentido, también podría servir para adormecer aún más el intelecto de la plebe.

Tal vez si mi otrora próspero negocio sanitario no hubiera fracasado yo no estaría ahora tratando de construir este nuevo edificio intelectual y el negocio que lo acompaña pero, ya que no hay mal que por bien no venga, debo sentirme afortunado —y con ello el amable lector— de

que mi mente se haya visto impelida a poner en marcha otra vez sus portentosos engranajes. El resultado de mis meditaciones e investigación es lo que ofrezco ahora a sus perplejos cerebros.

Mi magnífica idea va más allá del triste bilingüismo que nos venden. Admito que podría utilizarse, y con aprovechamiento, para terminar de idiotizar al vulgo, simplemente adaptando el sistema actual al que yo propongo y manteniendo unos recursos mínimos junto con el patético nivel del alumnado. Pero creo que tal propósito sería mero desperdicio, de todo punto innecesario.

No se trata de echar margaritas a los cerdos sino de lograr que los individuos de intelecto y clase social superiores tengan la posibilidad de acceder a una formación espléndida y que lleva la excepcionalidad más allá de lo que se haya hecho hasta el momento.

En realidad, y bien mirado, no se trata tanto de remarcar las diferencias, aunque las haya, entre el método educativo para unos y otros sino, más bien, en dejar que la diferente naturaleza y aptitudes de cada grupo determine el provecho que se obtenga de la enseñanza, que puede convertirse, obvio es decirlo, en completo y absoluto fracaso.

Mi propuesta consiste en extender el bilingüismo. Y no me refiero a su burda democratización. Hablo de sustituir las enseñanzas bilingües por otras de índole políglota. ¿Por qué limitarnos a la dualidad español-inglés o español-francés/ alemán/ chino/ japonés/ portugués/ árabe/ hindi/ ruso/ !kung? Tal procedimiento es propio de mentes estrechas de entendederas y cortas de ambición. En un mundo global como el nuestro el hombre preparado debe manejar con soltura cuantos idiomas estén a su alcance. Y no me refiero al uso de una limitada lengua franca, como el inglés coloquial y adulterado que muchos denominan lengua universal. Me refiero a un dominio pleno de, cuando menos, quince lenguas diferentes, de preferencia diversas en su origen para que no encontremos una sobreabundancia de las europeas latinas o las indoeuropeas de manera general. No, eso no enriquecería de veras la capacidad de expresión del usuario. Y que conste que no aspiro, beata e inútilmente, a alcanzar el bíblico don de lenguas para conseguir la comunicación universal.

En mi opinión, igual que hoy en día se presume de iniciar ese falso bilingüismo en jardines de infancia y centros de preescolar, sería menester someter a los educandos a una inmersión total en las lenguas. Y, por no hacer distingos y obligar a que las mentes se esfuercen, no bastaría con emplear en sucesión palabras o frases de cada lengua. Ni dedicar un tiempo

concreto al estudio de cada idioma. Ni tan siquiera emplear una sola lengua para la enseñanza de cada materia, distinta para cada asignatura. Antes bien, la inmersión total se ha de basar en el uso indistinto de términos de todos los idiomas en feliz mezcolanza para que el estudiante se familiarice con todos a la vez y pueda, con el paso del tiempo, dominar todas las lenguas pretendidas.

Habría sido mi deseo el poderme someter yo mismo a esta terapia lingüística. Pero no ha resultado posible. Me temo que mi cerebro de adulto ha perdido la plasticidad que otrora lo caracterizaba. Debo confesar, asimismo, que en algunos liceos y academias de buen nombre, han rechazado sin más mis brillantes argumentos indicándome, tontamente, que propongo un galimatías irrealizable y capaz de conducir a los estudiantes a la locura. ¡Qué cortedad de miras, Dios mío! No niego que los espíritus inferiores puedan quedar afectados por alguna tara mental como consecuencia del aprendizaje. Pero es que para ellos es del todo inútil pretender alcanzar el dominio de los idiomas y de su mente. No da, esta última, para tanto. En todo caso y como ya se ha dicho, puede ser hasta deseable idiotizar a la plebe ignorante y estulta como modo de control social. Pero mi propuesta no iba dirigida, en último término, a individuos de su calaña. Mi método solo sería válido y enriquecedor —en toda la amplitud del término, incluida la puramente materialista— para los espíritus elevados, para la élite bienpensante de intelecto superior que un día dominará nuestro país y quién sabe si los asuntos de nuestra vieja Europa o los de todo el orbe.

Para más información sobre el tema no duden en dirigirse a mí o a la Sociedad Para el Poliglotismo Pedagógico Activo (SPPPA) de la que soy presidente, fundador e ideólogo.

Narciso de Lego
(supersabio al que todos envidian,
especialmente Noah Chomsky)

HISTORIA DE FICCION ALTERNATIVA ¿SI HUBIESE FALLADO LA OPERACIÓN OGRO?

- Muerte de Carrero Blanco – 20/12 /1973
- Presidente de Gobierno- 9 de junio a 20 diciembre 1973

- Miembro de Falange española de las JONS
- Segundo al mando del régimen, sucesor seguro de Franco, seguiría de Presidente del Gobierno con el Rey Juan Carlos I?
- En 1947 redactó la ley de sucesión en la Jefatura del Estado, se define a España como: estado católico, social y representativo , queda constituido como reino.
- Operación Ogro: comando Txikia, compuesto por Jesús Zugarramurdi (Kiskur). Jose Miguél Beñaran (Argala) y Javier Larreategi (Atxulo).
- Escondite Calle Hogar Alcorcón, Eva Forest los saca de Madrid a finales de mes (diciembre)
- Muerte de Franco: 20 de noviembre de 1975
- Ministro de Gobernación: Manuel Fraga Iribarne
- Ministro de Justicia: Antonio Garrigues Díaz-Cañabate
- Consejo regente: compuesto por tres miembros, Presidente de Gobierno y los ministros de justicia y gobernación.
- Coronación de Juan Carlos I; 27 noviembre 1975
- Congreso de Suresnes: 11 y 13 octubre de 1974.

PROLOGO: UN RELATO ALTERNATIVO A LA ESPAÑA ACTUAL.

- Si Carrero Blanco no hubiese muerto,
- La intención es crear una historia alternativa.
- Como modelo narrativo quiero usar artículos periodísticos que describan una situación ficticia que pudo ser real.
- No es intención del autor valorar el atentado a Carrero, pero quiero dejar claro que si el atentado hubiese fallado, el continuista del régimen hubiese sido Carrero Blanco.
- A lo largo de su carrera política, demostró una implicación y fidelidad al régimen nacional-catolico ejemplar. No hubiese permitido que el Rey propiciase la caída de las cortes franquistas y mantenía un prestigio personal suficiente para ser el heredero y continuista de la obra de Franco.
- Como licencia literaria me permito inventar otros documentos que hilen la historia.

INICIO:

21 –Diciembre 1973 publicado en el Diario Pueblo.

En el día de ayer y gracias a un milagro del altísimo, nuestro ilustrísimo presidente de gobierno, salió levemente herido del magnicidio perpetrado por los separatistas de ETA.
Según el parte médico oficial, la vida del Presidente de Gobierno no corre ningún peligro, ha salido del terrible atentado con el brazo derecho herido, que en breve plazo quedará curado.
Lamentamos la muerte de sus escoltas y esperamos que, en un período corto de tiempo, sean capturados los terroristas y sometidos a garrote.
Con el buen humor que caracteriza a Carrero, desde la cama del hospital nos comenta que si no puede firmar la sentencia de muerte con la mano derecha, lo hará con la izquierda.

31 de diciembre de 1973 publicado en el Diario Pueblo
En una brillante operación policial, las fuerzas de seguridad han detenido a los miembros del comando terrorista que atentó contra el presidente de gobierno.
Entre los detenidos se encuentra la escritora comunista Eva Forest, Jesús Zugarramurdi alias Kiskur, Jose Miguel Beñaran alias Argala y Javier Larreategui alias Atxulo.
Han sido trasladados a dependencias de la Dirección Gral de Seguridad Nacional para ser interrogados.
En un breve período de tiempo serán juzgados por un tribunal militar y sentenciados a muerte.

18 – julio-1974 publicado en el Diario Pueblo
En el 38 aniversario del Glorioso Alzamiento nacional, serán ejecutados los autores materiales del atentado cometido contra su Excelencia el presidente de gobierno.
La cuarta autora del magnicidio ha sido condenada a cadena perpetua por la generosidad y humanidad del Jefe del estado.

21 de noviembre de 1975 publicado en el Diario Pueblo.
Con profundo dolor, los españoles se despiden del generalísimo, que en el día de ayer acudió a la llamada del creador.
Su excelentísimo Sr., Presidente de Gobierno, encabeza el duelo nacional. Con su brazo derecho en cabestrillo, recuerdo del terrible atentado, recibe el pésame de los embajadores. A su lado la curia romana consuela a la familia del generalísimo.

Desde su residencia oficial, el príncipe Juan Carlos transmite su pésame a todos los españoles.
Para no quedarnos huérfanos de dirección, el consejo regente, presidido por Carrero Blanco, se reunirá en breve para nombrar al príncipe, Rey de España.

ACTA DEL CONSEJO REGENTE 22 NOVIEMBRE 1975
PRIMERA INTERVENCION:
MINISTRO DE JUSTICIA COMO NOTARIO DEL REINO, ANTONIO GARRIGUES DIAZ-CAÑABATE.
—Como recoge la ley de sucesión de la jefatura del Estado, tenemos que nombrar Rey de España al príncipe Juan Carlos.
No terminan de convencerme sus actitudes con el régimen.
SEGUNDA INTERVENCION:
MINISTRO DE LA GOBERNACION MANUEL FRAGA IRIBARNE.
—Por los informes que poseo de la dirección general de seguridad, los grupos izquierdistas se están movilizando para crear altercados.
Tenemos infiltrados en varios grupos comunistas que nos informan de la convocatoria de manifestaciones para el día de la coronación.
TERCERA INTERVENCION:
PRESIDENTE DE GOBIERNO CARRERO BLANCO.
—Para evitar problemas, serán retenidos en centros de seguridad, todos los comunistas conocidos, con discreción pero sin vacilaciones.
Retengan también a los jovencitos de Suresnes, que no se crean que los tenemos olvidados.

28 DE NOVIEMBRE DE 1975. PUBLICADO EN EL DIARIO PUEBLO.
En el día de ayer y con toda la solemnidad, el príncipe Juan Carlos, ha sido coronado Rey de España.
El Acto celebrado en las Cortes, presididas por el excelentísimo Sr. Carrero Blanco y con la presencia de todos los procuradores en cortes, ha demostrado la vigencia y fortaleza de la que goza nuestro régimen político nacional-católico.
En el resto del país, las manifestaciones festivas demostraron el apoyo del pueblo español al presidente del gobierno.
El Rey ha jurado defender los sagrados principios del movimiento y los derechos fundamentales de los españoles.

Un pequeño grupo de alborotadores ha sido detenido cuando intentaba boicotear los actos festivos.

30 DE NOVIEMBRE DE 1975. RESOLUCIONES DEL CONSEJO DE MINISTROS.

- Se procede a la disolución del gobierno.
- Como Presidente de Gobierno provisional se nombra a Carrero Blanco, hasta que el Rey elija al próximo, en la terna que se le enviará.
- La terna de elegibles estaba compuesta por :
  -Jose Utrera Molina
  -Carlos Arias Navarro
  -Luis Carrero Blanco
  Los tres de probada fidelidad al régimen nacional-católico.

1 DE DICIEMBRE DE 1975. EXTRACTO OBTENIDO DE LAS MEMORIAS DE TORCUATO FERNANDEZ-MIRANDA Y HEVIA (NO PUBLICADAS OFICIALMENTE).

En la reunión mantenida extraoficialmente entre la casa civil del Rey y presidencia del gobierno, queda claro que el papel del rey es ser un mero espectador de la política que surja de los órganos del movimiento.
El Rey puede aceptarlo y seguir figurando en el cargo o no aceptarlo y abdicar.
Durante muchos años España ha sido un reino sin rey, y puede seguir siéndolo. Desde la presidencia de gobierno se indica al monarca que elija a Luis Carrero Blanco para la presidencia de Gobierno.

6 DE DICIEMBRE DE 1975. PUBLICADO EN EL DIARIO PUEBLO.

Con probada ejemplaridad el monarca continúa por la senda marcada por el Generalísimo, al nombrar para presidente de Gobierno a D. Luis Carrero Blanco.
En declaraciones de la casa real, se manifiesta que la obra del Generalísimo continuará a todo lo largo de su reinado.
No tenemos ninguna duda de la lealtad de su majestad el Rey a la obra del Generalisimo.

Patxi López

EL TEMOR DEL PRIMO FRANCIS

Hablar de eugenesia hace que a mucha gente mínimamente decente le salga sarpullido. También hincha las venas, y quizá alguna otra parte anatómica, de los imbéciles que propugnan la existencia de una raza superior de la que, ilusa y absurdamente, creen formar parte. Y, sin embargo, la eugenesia existía antes de darle nombre y, cuando se la nombró, se hizo con la mayor de las preocupaciones y hasta buenas intenciones por sesudos y pacíficos hombres de ciencia.

El fundador de la disciplina no fue otro que Francis Galton, primo carnal por vía materna de Charles Darwin. Fuera por el parentesco o por interés personal, lo cierto es que Galton se tomó muy a pecho las ideas de su familiar e investigó por su cuenta diversos aspectos relacionados con su teoría evolucionista. Por ejemplo, sabiendo que Darwin no proponía un mecanismo creíble para explicar la herencia, decidió matematizar la semejanza entre los individuos de las poblaciones, con especial énfasis en el parecido ligado al parentesco. Con ello desarrolló los rudimentos de la biometría que, más tarde, conducirían a la genética cuantitativa que tan grandes beneficios dio durante el siglo veinte a la industria agroalimentaria, así como ayudó al desarrollo de la hoy omnipresente estadística. Y, comprobada la semejanza entre parientes, empezó a preocuparse, y mucho, por la herencia que los padres transmitían a sus hijos así como por la constitución de las poblaciones futuras a partir de sus ancestros y la necesidad de evitar que la humanidad se deteriorase. Curiosamente, a esta necesidad lo condujo la percepción de que las clases elevadas, que él identificaba como las intelectual y moralmente superiores, tenían menos hijos y más tarde que los incultos obreros —por algo se los llamó proletarios—. Supuesto —lo cual era mucho suponer— que las diferencias sociales y mentales se explicaban por la herencia, no es raro que al buen hombre se le ocurriera la posibilidad de desarrollar una disciplina eugenésica encargada de buscar una mejora de la especie que previniera, como en esa idea de las edades platónicas del hombre, de un futuro deterioro de las cualidades humanas.

Galton, además de gran hombre de ciencia, debería ser conocido, cuando menos, por sus investigaciones más peregrinas. Como aquel estudio

acerca de la utilidad de la oración para obtener resultados. Nuestro personaje comprobó en los registros que los clérigos que se hartaban a rezar y los reyes, por los que muchos súbditos rezaban, no vivían, en promedio, más que médicos o abogados, profesionales liberales tradicionalmente poco dados a dedicar su escaso tiempo a los menesteres oratorios. También quiso estudiar, al más puro estilo Grogrenko, cuál era la ciudad británica más hermosa valorando lo agradables que resultaban los paseos, con encuentros fortuitos con damas y paisajes al paso. Decidió que la más hermosa era Londres y la más menos Aberdeen de entre las estudiadas/paseadas.

¿Qué se le ocurrió a Galton como propuesta de eugenesia? Pues recordando los cruces selectivos de los criadores de animales y flores determinó que deberían realizarse también tal clase de emparejamientos en la especie humana. Propuso que las personas elevadas —confundiendo un tanto linaje y obras— debían tener hijos entre sí para mejorar la raza. Incluso indicó que sería adecuado compensar económicamente el esfuerzo realizado, pues tenía claro que no tenía por qué existir la más mínima afinidad entre las parejas escogidas. Fundó su sociedad eugenésica y debió de quedarse extrañadísimo y contrariado al comprobar que sus sabias palabras no hallaban el eco pretendido.

Ello no significa que las ideas eugenésicas fueran desoídas. Pero sí interpretadas de muy diversos modos.

En círculos evolucionistas no requerían de demasiado eco. Aunque no se le hubiera dado ese nombre ya se sabía que los cruzamientos diferenciales influían en la evolución por selección natural. Al propio Darwin, a quien no se le conocen ideas racistas en su época más allá de los lugares comunes de pensar la mayor civilización fruto de alguna ventaja natural —triste embrión de todas las ideas colonialistas y, al mezclarle la conciencia de clase, del lamentable darvinismo social que aun hoy día colea mucho más de lo que nos atrevemos a admitir—, sí que le preocupaba bastante que la consanguinidad de su propio matrimonio —con una prima— fuera causa de los problemas de salud de sus vástagos. Y el cofundador de la disciplina junto con Darwin, el señor Wallace, propuso para el fin de siglo que no se vacunase a la gente porque el uso de las vacunas evitaría en nuestra especie la selección natural, dejaría sobrevivir a los menos aptos y provocaría nuestra futura debilidad. Argumento que hoy puede sonar trasnochado pero que se repite cada vez que se desarrolla un nuevo tratamiento no natural y que, cuando menos, parece más razonable que los

reparos actuales de los antivacunas que fomentan teorías conspirativas y dan eco a payasadas mediáticas sobre la supuesta correlación con trastornos autistas.

La eugenesia, por desgracia, tuvo y aún tiene un recorrido más largo y truculento. Pasando por los imbéciles e ignorantes que mezclaron eugenesia con eutanasia, aquellos que, sin tener ni idea de herencia, propugnaban eliminar o esterilizar a los individuos supuestamente defectuosos, física o moralmente, o los salvajes desalmados —nazis, bolcheviques o supuestos liberales— que propugnaron la eliminación selectiva de quien los molestara —esgrimiendo excusas raciales o sanitarias — o la esterilización masiva como método de control de población. No deja de llamar la atención que los monstruos que practicaban tales prácticas fueran, normalmente, lo bastante ignorantes de las leyes de la genética como para no comprender que acabar con los defectuosos no sirve, en la mayor parte de los casos, para eliminar la herencia del carácter. Y en la actualidad, cuando se podría conocer quién es portador de cualquier defecto aunque no lo padezca, incluso determinar el genotipo completo de cada cual, comprendemos que la "normalidad" incluye el hecho de que cualquier individuo sano sea portador de unas cuantas anomalías que no manifiesta.

Así las cosas, la eugenesia y la eutanasia, en estos casos al menos, carecen por completo de sentido, salvo que eliminemos a la población al completo. Pero, obviando tales aberraciones, no es de extrañar que hoy en día el tema nos deba seguir preocupando. ¿Acaso no es ahora cuando empezamos a poseer las herramientas de análisis y modificación como para conocer y alterar nuestra herencia? ¿Y deberíamos renunciar por completo a la eugenesia y no tratar los defectos que se pueda? Esto supondría volver al tipo de eugenesia naturalista: no alterar artificialmente nuestra dotación natural.

El caso, no sé si lo triste o lo bueno del asunto, es que no podemos mantenernos neutrales con respecto a nuestra herencia. Hagamos lo que hagamos, siempre estaremos determinando qué genes se transmiten y cuáles no. Consciente o inconscientemente. Recurriendo a la medicina, las terapias o incluso al tradicional método de procreación sin ayudas externas. Por el mero hecho de que vivimos en el mundo, en sociedad, compitiendo los unos con los otros, enfermando y sanando. Es lo que tiene la selección de los genes, que está en nuestra naturaleza, en toda la

naturaleza. El problema está en la connotación, el matiz o las pretensiones y finalidad que se ponga en la elección.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LA NECESIDAD DE CENTRARSE

Es verdad que los términos "izquierda" y "derecha" están trasnochados. Sucede que lo están desde su nacimiento como un accidente durante una reunión revolucionaria en la Francia de finales del XVIII, cuando unos, más progresistas o solo radicales, se situaron a la izquierda, dando a entender que verdaderamente rompían con lo antiguo, mientras otros, conservadores o prudentes, ocuparon el ala derecha manifestando su apoyo a cierto continuismo y la negativa a la total ruptura. En ese sentido, izquierda y derecha política son términos obsoletos, pero el progresismo y el conservadurismo, con todos sus millones de variantes, aún existen.

Lo extraño es que, en vez de desdibujar fronteras, que es lo que se supone que racionalmente correspondería, o tender puentes entre individuos, que sería lo mismo que sumar o mezclar ideologías en la medida, mucha o probablemente poca, de lo posible, lo que han hecho históricamente bastantes individuos, y aún más hoy en día, es aprovechar la geometría del arcaísmo para inventarse un nuevo mejunje ideológico al que llaman centrismo y al que, de un modo realmente prodigioso, la mayoría de los miembros del espectro político desean sumarse, dejando las alas para los que, al menos geométricamente, todavía podemos llamar razonablemente extremistas.

Tal como formalizó Buchanan, dentro de la teoría de la elección pública, aunque en el saber popular tal conocimiento se manejaba desde antiguo como idea cotidiana, el espectro político puede considerarse como un mercado y, según sus leyes de oferta y demanda, todo el mundo tratará de ocupar el centro político y presumir de moderación para poder contar entre sus filas —acaparando votos— con el mayor número de votantes posible, lo cual solo se consigue convirtiendo a los rivales en extremistas y presumiendo de centrismo, el cual tiende a identificarse con equidistancia y capacidad de pacto.

El centrismo suena a moderación y normalidad, a buen rollito o algo semejante, mientras que los que se alejan, como las colas en una distribución normal, son los raritos. De hecho, como nota curiosa y

lamentable, he oído a más de uno decir aquello de que prefieren estar con las mayorías, como decir estar con los normales y no dar la nota. El famoso no significarse de otro tiempo. Y quizá, en cierto modo, el centrismo, si es que existe como opción política, tenga algo de esa normalidad y moderación, la búsqueda infinita de consensos y la capacidad de diálogo.

A mi juicio, sin embargo, hay dos problemas terribles con respecto a este supuesto centro ideológico.

El primero, para mí el verdadero problema del centrismo, es que si te quedas en la norma al cabo no te mueves. Como no puedes contentar a todos y abrazas la moderación, al final tus propuestas no satisfacen realmente a nadie y te quedas en el *ni chicha ni limoná* o el *quiero y no puedo.* Te dedicas a mantener el *statu quo* y dejarlo todo poco más o menos como está. El centrista dirá que nadie tiene la razón absoluta, que hay que intentar oír a todos y tendrá razón, en parte. Pero solo si la situación inicial marca el óptimo posible de la población. En caso contrario, y me temo que es el circunstancia real, lo que hará será sancionar la injusticia o desequilibrio inicial y dejar que los que parten con ventaja se acomoden en ella para siempre. Si la situación de partida de desigualdad es justa, pues entonces tendrán razón quienes proponen convertir la selva en ley sin ninguna protección o ayuda al desfavorecido. Pero a esos cualquier centrista los llama extremistas. Si, al contrario, la desigualdad nos parece aberrante, habrá que modificar por completo la situación y eliminar de raíz privilegios, prebendas, leyes y usos. Pero, obviamente, a estos se los describe también como extremistas. ¿Y los centristas, los moderados? Pues nada, a conservar los privilegios y repartir unas migajas para contentar. Es decir: a medio camino de hacer nada.

Y el segundo problema, no menos importante según mi criterio, aunque sea algo externo al supuesto ideario de nadie, radica en que el afán por ocupar ese espacio político donde se acumulan los votos, cada vez más abundantes por moderados y acomodaticios, obliga a retorcer el sentido de las palabras, a engañar vilmente al más puro estilo goebeliano usando sus once principios de la propaganda —tan familiares en la práctica política hispana, no sé si mundial, desde hace muchos años y tan desconocidos en su enumeración y significado por la mayoría de los que los digieren— para situar la propia opción dentro del centro político del espectro y a todos los rivales en los extremos. Llamar extremistas a los rivales, ante todo convencer de ello al pueblo, nos asegura muchos votos que restamos al enemigo. Lo difícil es conseguir que las tragaderas públicas sean adecuadas

pero, con paciencia y esfuerzo, se consigue hacer pasar por moderación o normalidad lo más extremoso que pueda imaginarse y, como cualquier campana de Gauss, al cabo la distribución se desplaza por el espectro político según deseo del poderoso, conservando su forma global y haciendo que la media con su centrismo quede donde mejor nos parezca. Todo lo más, por mantener un cierto perfil que se considera adecuado, se oye hablar de centro izquierda o centro derecha, convirtiendo todo lo diferente en extremismo. Incluso, rizando aún más el rizo, algún derechista —se autoproclame o no centrista— habla de la extrema izquierda y la ultraderecha, por marcar un matiz definitorio, y algún izquierdista puede distinguir entre fascistas y, por no usar el mismo término en los más extremos de su cuerda, luchadores de la libertad —muy típico, por ejemplo, entre guerrilleros o nacionalistas violentos—. Igual que se puede añadir un matiz odioso a todo lo que se aleja de la norma y conseguir que antiglobalización o antisistema —el anti es muy eficaz— sean sinónimos de caos y vandalismo a oídos del gran público. Cualquiera que se atreve a alejarse del paradigma aceptado es tachado de extremista y, en la práctica, convertido en poco menos que un criminal o, en el mejor de los casos, un lunático.

Lo peor es que los términos no cambiarán la realidad de los hechos ni la falta de decisiones estandarte de la moderación resolverá los problemas. Como actualmente los problemas nos rodean por todas partes —en nuestro país y en todo el mundo— y nadie toma al toro por los cuernos para intentar buscar una verdadera solución y que sea de futuro, resulta que estamos abocados a un porvenir bastante tétrico. Entre los que se aferran al centrismo para conseguir el máximo de votos con el que perpetuarse en el poder y mantener una situación insostenible pero aceptada al corto plazo por la mayoría y los pocos que quieren cambiarlo por las bravas y con resultados tan inmediatos como nefastos, pues vamos servidos. Si la alergia a cambiar lo que no funciona nace del deseo inmediato de mantener los votos, el asiento y los padrinos —mal genérico de nuestras descafeinadas democracias—, parece difícil, si no imposible, esperar que alguien anteponga la cacareada razón de estado para arreglar los problemas aunque ello suponga una necesaria crisis en el corto o medio plazo. Y me temo que ese amor por el centrismo nace, en la mayoría de los casos, del afán de conseguir votos y poder y no de una dudosa convicción racional o emocional de que en el medio se encuentre la virtud suprema.

Juan Luis Monedero Rodrigo

SANGRE DE TUS VENAS

—¡Es precioso! —exclamó Anju al contemplar la criatura que sostenía entre sus brazos.

—¡Es lo más hermoso del mundo! —añadió Ajún, con rictus agotado y dolorido pero exhibiendo una extraña sonrisa en su rostro sudoroso.

Y sí, ambos estaban de acuerdo en que su hijo, su primer hijo, era el ser más bello que nunca habían visto. Y era parte suya, obra suya. Más de Ajún que de Anju, que lo había portado en su seno durante nueve meses, tan plenos de ilusión como de cansancio e incomodidades, sobre todo en su fase final, no solo durante las dolorosas y complicadas horas del alumbramiento.

—Creo —completó Anju en un instante de súbita lucidez, o tal vez era simple locura— que daría lo que fuera, mi vida entera, para que este pequeño pueda tener una existencia mejor que la mía.

—Sí, Anju —lo apoyó Ajún con gesto soñador y la mirada perdida en la profundidad de los oscuros ojillos de su retoño—. Es sangre de nuestra sangre. Por eso cualquier padre daría la suya por un hijo sin dudarlo, aunque eso signifique perder su vida.

La conversación de aquella pareja era normal, natural incluso, entre unos padres primerizos como ellos, que tanto habían deseado serlo. Y podía no haber tenido mayor trascendencia. Pero era tal su convicción que, sin proponérselo y de común acuerdo, ambos se encomendaron de corazón a los dioses, pidiéndoles protección para aquella criaturita indefensa, solicitándoles, a todos en conjunto o a cualquiera de ellos que quisiera escucharlos, que cuidaran de su hijo, que lo favorecieran y le permitieran tener un futuro luminoso aunque para que así sucediera ellos tuvieran que arrostrar cualquier tipo de calamidad.

—Que todo lo malo del mundo pase a su lado sin rozarlo —pidió Ajún—. Que, si lo malo debe rozarlo, nos golpee a nosotros en su lugar —completó su plegaria.

Anju, en todo momento, se había limitado a asentir vigorosamente y con gesto concentrado, tan pendiente de su hijo como su esposa. Al final, además de afirmar, también él alzó la voz, con tono severo, para añadir:

—Que así sea. Que podamos evitar todo mal a nuestro hijo con la ayuda de los dioses.

Al contrario de lo que se suele decir en estos casos, constituyó una desgracia el que su petición fuera escuchada y atendida. Quien reza siempre espera que sus plegarias tengan respuesta. Ya es un milagro que los dioses, siempre tan pendientes de sus divinos asuntos, presten un mínimo de atención a los humanos. Tanto más que el milagro sea personal, individual incluso. Pero, en ocasiones, es una suerte pasar desapercibido ante ellos. Llamar su atención no siempre es provechoso, sobre todo teniendo en cuenta que hay dioses malvados y que son estos, tan celosos y amargados como muchos hombres, los que más fácilmente escucharán la voz de un desesperado para obtener su propia satisfacción humillando al débil.

Que nadie se espante al comprender que muchos dioses son enemigos de los hombres. Que nadie se espante al saber que fue Eresta quien escuchó a Anju y Ajún y decidió tomar en cuenta sus plegarias. Pero literalmente, de forma malintencionada. Porque hay dioses que solo encuentran placer y consuelo en su existencia fútil, miserable y eterna dañando a quien todavía conserva alguna ilusión o esperanza.

Que una diosecilla así, mezquina, vengativa e insignificante, sea quien escucha al que reza, debe hacernos pensar que solo los de su calaña están prontos a escuchar a los humanos. Se trata del tipo de diosa personal en la que se puede creer, pues está más cerca del mundo material, pero no merece el que se le dedique una sola plegaria puesto que le importamos menos que nada. Así, lo que brotó como un pensamiento verbalizado, fue convertido en deseo, en petición o plegaria. Y, con ello, Anju y Ajún, sin saberlo, quedaron condenados.

Anju y Ajún, inocentes y bondadosos, no pensaron en nada de aquello cuando, extasiados en la presencia de su hijo, elevaron sus plegarias al cielo infinito e inconcreto. Como gente humilde y religiosa, ponían en los dioses muchas de sus esperanzas, como si en sus manos estuviera todo el poder junto con la bondad suficiente para ayudar a las personas. No conviene censurarlos, puesto que todo el mundo tiene derecho a buscar la salvación de una vida gris por los medios que tenga a su alcance, por poco racionales o inadecuados que puedan parecer.

Los dos padres eran una pareja relativamente joven, ambos trabajadores humildes e infatigables, unas buenas personas con necesidades sencillas y deseos lo bastante concretos como para poderlos ver realizados. El principal era el de su paternidad confirmada. Ambos deseaban aquel hijo que, para su gusto y percepción, habrían preferido que llegase antes. No obstante, agradecieron a los dioses el embarazo y el

alumbramiento, como si aquellos fueran los principales artífices de la criatura. También habrían querido tener muchos más hijos, pero cumplir tal deseo les fue ya imposible, más por la falta de tiempo y ocasión que por una dificultad intrínseca a sus cuerpos o sus acciones.

Tras aquel instante de arrobamiento del que nunca se arrepintieron, pese a sus nefastas consecuencias que nunca relacionarían con su oferta a los dioses, los todavía felices padres buscaron nombre a su hijo, el primero y único que tendrían, y decidieron llamarlo Roble, en honor al abuelo materno al que nunca conoció y con la esperanza de que tal apelativo le resultara de mucho mayor provecho que a su predecesor, el cual murió joven y tras múltiples enfermedades y achaques que fueron minando su maltrecha salud al tiempo que perjudicaban a la precaria economía familiar.

Para alborozo de Anju y Ajún, el chiquillo parecía fresco y lozano como si fuera hijo de rico. Desde su nacimiento se mostró fuerte y despierto por demás. Se aferró al pecho de su madre con impaciencia y empezó a tomar leche con ansia que no cuadraba con su tamaño y desvalimiento. Día tras día, Roble engordaba y crecía, sano y gritón. A voces, con llanto desmesurado, exigía su ración de leche materna que nunca parecía saciarlo. Tan solo descansaba para dormir. La madre, agotada como estaba y mal nutrida, se sentía satisfecha por la lozanía de su hijo, pero un tanto preocupada por lo que percibía como propia debilidad. Enflaquecía día a día, mientras profundos surcos y ojeras incrementaban su aspecto demacrado. Sentía como si su hijo, junto con la leche, se fuera bebiendo la vida de ella poco a poco, como si, más que alimento, el pequeño Roble succionara el espíritu y la fuerza que lo acompañaba.

Al principio, Anju no le dio mayor importancia a aquel hecho. Su esposa, tras el largo embarazo, estaba cansada y debilitada. Ahora con el niño al pecho la situación no mejoraba, ni de día ni de noche, con sus frecuentes despertares que dificultaban el reposo de ambos. También él se veía ojeroso y cansado. Y debía obligarse cada día a resistir, a levantarse para trabajar y aun ayudar a Ajún en la medida de sus capacidades.

Sin embargo, al cabo de tres meses, el propio Anju, tan ciego como estaba, hubo de confesarse que la situación de Ajún era de veras preocupante. Su esposa era una sombra de sí misma. Estaba escuálida y avejentada, con negras bolsas bajo los ojos y las costillas marcándose nítidas bajo los pechos fláccidos y menguados que, pese a todo, todavía

suministraban al pequeño Roble el sustento, que aún solicitaba con mayor intensidad y apetito.

El chiquillo, por el contrario, estaba enorme para su corta edad. Sus mejillas sonrosadas y lustrosas destilaban salud. Sus pies y manos regordetes, su tripita, sus ojos felices, llamaban la atención de los padres pero también, y pese a la costumbre de ver niños propios y ajenos, la de tías y abuelas, sorprendidas por aquella inesperada lozanía.

—Es un angelito —le decía orgullosa Ajún a su madre, quitando importancia a su propio y lamentable estado.

Ciertamente todos coincidían en ensalzar la hermosura de Roble. Su lustre, su apetito, su gordura, sus bríos, la potencia de su llanto. Pero ya nadie podía ocultarse la preocupación por la situación de la madre. Si la salud de Ajún seguía deteriorándose llegaría el momento en que no podría alimentar al crío y, peor aún, en que la vida de ambos, no solo la de la madre menguada, quedaría comprometida. La madre podía morir, o enfermar de alguna pestilencia de la que, dado su estado de debilidad, nunca podría recuperarse. Y entonces Roble, el chiquillo lozano y de admirable aspecto, ya no podría tomar la leche de Ajún ni, probablemente, toleraría otros alimentos, dada su corta edad. Entonces también él enflaquecería y lloraría con auténtica desesperación, con más causa que ansia, por la pérdida de la madre y el sustento. Los ojos brillantes quedarían legañosos, la barriguita se hundiría, las piernas regordetas se afinarían. Hasta que el chiquillo enfermase y siguiera el camino de su progenitora.

Tan tétrica imagen, que se correspondía con un razonable pronóstico, perseguía y agobiaba día y noche al bueno de Anju, que no sabía qué más hacer para recuperar la vitalidad de su esposa. Él tenía que trabajar como un mulo para conseguir el sustento familiar y luego se esforzaba por prepararle a Ajún el hogar más cálido y cómodo, por dejarle el mejor y más abundante bocado. Pero daba la impresión de que nada servía. Todo lo que Ajún tomaba parecía transferirse, multiplicado, al pequeño Roble, mientras que la madre, enjuta y arrugándose, consumía unas reservas propias que se intuían tan menguadas como próximas a su fin.

Ajún se mostraba resignada y tozuda. Se sabía enferma, aunque nadie acertaba a decirle de qué mal o por qué causa. Intuía que su muerte estaba cercana, pero se aferraba a la vida con todas sus pocas energías con la esperanza de resistir un día más, y otro. Una semana, un mes. Consumirse lenta y dolorosamente para permitir que su hijo tuviera una oportunidad. Si lo seguía alimentando, si aguantaba viva lo suficiente, su retoño se haría lo

bastante grande como para poder comer por sí mismo y no depender de sus pechos casi secos. Como el cabo de la vela que se consume con llama irregular y crepitante, Ajún seguía viva a impulsos. Anju, desesperado, empeñó lo poco que tenía para poder consultar a un médico. Pero el galeno resultó más matasanos y sacacuartos que doctor y se limitó a decir que Ajún no tenía remedio, sin determinar diagnóstico ni prescribir cocimiento o poción que paliase, siquiera, sus males.

Sorprendentemente para todos, incluida ella misma, Ajún vivió aún durante todo un año, hasta que su heredero tenía casi año y medio y ya comía del puchero común. No obstante, ni aun cuando la ruina de la madre era inminente, el crío dejó de tomar su leche. Ajún se negó a que retiraran de su pecho al único consuelo que le quedaba, la razón de mantener aquella precaria y agotadora existencia. La madre, muerta en vida, espectro y esqueleto de sí misma, todavía sostenía al niño lustroso en su seno y lo arrullaba, mientras Roble, sonriendo ya con sus primeros dientes, chupaba el pezón con fruición y provecho.

Así, con su hijo al pecho, entregó finalmente su alma la pobre Ajún. Ante el dolor infinito de su esposo y la queja egoísta del niño que comprobaba que el pecho tranquilizador se quedaba definitivamente seco pese a sus esfuerzos por ordeñarlo.

Anju enterró a Ajún y lloró como nunca. Él mismo se ensombreció aún más. Y vio incrementarse sus miedos respecto del futuro, propio y de Roble. Pero no pudo detener su vida, ni entretenerse en las exequias y el necesario duelo. Estaba obligado a proseguir por su hijo, para su hijo que ahora dependía exclusivamente de él. Así que Anju secó sus lágrimas y, consumiéndose de dolor por dentro, se obligó a trabajar más que nunca, a atender a su retoño y buscar quien lo cuidara mientras él no estaba. Casi siempre eran madre, suegra, hermanas o cuñada las encargadas del chico pero, en ocasiones, hubo de recurrir a las vecinas y, hasta un par de veces, pagar a una mujer o una niña crecida para que atendiera a Roble mientras él trabajaba o hacía un recado imprescindible e inaplazable. Tan absorto estaba en los cuidados y en su objetivo de sacar a Roble adelante, ya que era lo único que le quedaba de su queridísima Ajún, que se acostumbró a llevarlo a su espalda incluso al trabajo, como si fuera una mochila, siempre que le era posible y por no separarse de él ni depender de gente ajena, incluso extraña, para cuidar de su hijo, de su vida.

Roble, con sus dos años, no era muy consciente de lo que sucedía. Él marchaba feliz con su padre a todas partes y, si se quedaba con una

mujer, se mostraba igual de contento. Era un niño que se hacía querer, por su carácter cariñoso tanto como por su hermoso aspecto. Y Roble, pese a las complicadas circunstancias, pudo seguir creciendo con idénticos lustre y alegría.

Al padre, ver que su hijo progresaba de modo tan admirable le proporcionaba no poca felicidad. Pero, en lo personal, su propia existencia transcurría mucho más penosa. Y no solo por la pérdida de su querida esposa o el sobreesfuerzo necesario para mantener a su hijo a fuerza de trabajar y trabajar, en su oficio y atendiendo al crío. Sucedió que la situación empeoró. Parece innecesario añadir que con colaboración divina.

Una mañana Anju despertó entumecido, con dificultades más que severas a la hora de mover brazos y piernas. Quizá era fruto del agotamiento, o de su estado de permanente ansiedad, pero Anju temió no recuperar el pleno control de sus extremidades y quedar paralítico. Ante tal pensamiento, un sudor frío y viscoso le recorrió toda la espalda y sintió un escalofrío tan intenso que le hizo temblar de pavor. Fuera por el retemblor o porque aquello era poco más que sugestión, el calor regresó poco a poco a sus miembros y, al cabo, fue capaz de levantarse y hasta de sujetar, no sin cierta dificultad, sus herramientas de trabajo. Aquel día resultó horrible. Al hecho innegable de que sus movimientos eran más torpes y trabajosos se unía la nada desdeñable circunstancia de que pasó toda la jornada con miedo a que la enfermedad retornara. Por suerte para él, el episodio de parálisis no se repitió aquel día ni tampoco en los sucesivos. Por desgracia, el entumecimiento y cierta parálisis sí que retornaron de vez en cuando, dificultándole una y otra vez sus tareas y haciéndole temer por la inesperada llegada del mal, por la azarosa duración del episodio y por su posible cronificación. Si quedaba inválido, aquello significaría no solo su ruina, sino la condena a muerte para él y su pequeño Roble.

No fue aquella la única desdicha del infortunado Anju, que bien habría de pagar por las veleidades del corazón y la lengua que los condenaron a él y a la ya desaparecida Ajún a las torturas de la diosa malvada. Eresta, contenta con el mal que había hecho, todavía se reservaba más travesuras y verdaderas maldades con las que mortificar al bueno de Anju.

Era mucho lo que sufría Anju, demasiado lo que lo apenaba. Pero le quedaba Roble, la luz de sus ojos, para compensarle por los sinsabores y dolor. Aquello, lejos de ablandar el carácter de la diosa, la hacía

reafirmarse en su vileza. En las desdichas de Anju, Eresta hallaba satisfacción y alegría. Por eso, sumado a las pequeñas trabas con que lo castigaba cada día, una mañana decidió enviarle un terrible dolor de cabeza que le hacía sentir que fuera a estallarle. La maldita sabía que cualquiera, en el lugar de Anju, gritaría como loco o desesperado. Pero el pobre desgraciado no emitía un quejido, por no preocupar a Roble, feliz e inconsciente de todo. Eresta se reía al ver a aquel pobre diablo sufriendo en silencio su dolor por no importunar al chiquillo. No contenta con esta crueldad, decidió añadir una nueva broma y encegueció al padre abnegado. No le hizo perder la vista por completo, pero se la enturbió con sombras y niebla, más propias de anciano que de hombre de su edad, más joven que maduro. Aquel contratiempo comprometía aún más su trabajo que los anteriores y a Anju no le quedó otro remedio que cambiar de oficio o, por mejor expresarlo, abandonar su oficio artesanal, que unos dicen de zapatero, otros de tejedor y alguno alfarero o curtidor, por el trabajo no especializado y con menor sueldo del simple mozo de carga, para el cual la visión no era tan limitante. El esfuerzo, sin embargo, minaba los huesos y la espalda, ya maltrechos, del pobre desgraciado. Anju se sentía derrotado, pero no podía abandonar. Roble ya era un mozalbete y quizá no necesitaba los cuidados que su padre todavía le suministraba en forma de nodrizas o asistentas que ahora, devaluado en su oficio, ya no podía costear, pero ello no impidió que el buen hombre llorase amargamente su desgracia, más por el hijo al que debía retirar las atenciones que por el dolor y humillación propios. Anju estaba dispuesto a cualquier cosa, arrastrarse si fuera necesario, morirse poco a poco o acelerando el ritmo que a todos nos dirige a la tumba con tal de sacar adelante a su Roble. Lo pensaba de corazón y actuaba en consonancia, sin recordar aquel pensamiento, aquella ofrenda ya lejana en el tiempo, que supuso el inicio de su calvario y la muerte prematura de Ajún. Anju, ciego, dolorido y, a ratos, incapaz de controlar sus manos, dobló el lomo y se partió el alma para llevar algo más que comida a su hijo. Esta vez Roble, con sus nueve años recién cumplidos, se dio cuenta del cambio de situación y de las penalidades de su padre. Incluso se ofreció para ayudarlo, para trabajar, si no en su lugar, para lo cual no tenía edad ni fuerzas, sí al menos para acompañarlo y servirlo. Pero el padre no lo consintió. La ira que sentía contra sí mismo y contra el mundo todo la descargó por una única ocasión sobre su inocente vástago. No iba a consentir que Roble malograse su porvenir por la incapacidad de su padre. Moriría antes que privarlo de un futuro mejor. Se empeñó en que Roble

siguiera aprendiendo las letras y aritmética, cuyas clases le costeaba trabajosamente, para que, cuando acudiera a entrar como aprendiz de algún maestro, fuera en una profesión que pudiera ejercerse con la cabeza y no con los brazos, como contable, escribano o comerciante. Pasado el instante de ira y descontrol, cubrió a su hijo de besos y de disculpas, pero al hijo le quedó grabada la desesperación del padre y se aplicó como nunca a los menesteres encomendados.

Así transcurrieron casi cuatro años más en los que Anju hubo de afrontar los nuevos desafíos arrojados sobre él por la inmisericorde Eresta, de quien el buen hombre no se acordaba ni en sus oraciones ni entre sus abundantes maldiciones cuando se sentía preso de desesperación. La diosa provocó que se rompiera una pierna y hubiera de arrastrarse durante semanas, mortificado por el dolor y la congoja, para ganarse el jornal mientras el hueso no terminaba de soldar. Luego, cuando la pierna curó, no lo hizo del todo, sino que permanecieron la inevitable cojera y los intermitentes dolores. Eresta le envió luego una pulmonía, que lo debilitó hasta el extremo. Más tarde le hizo perder una oreja y la capacidad de oír por aquel lado. Y, en sucesión, una disentería, una sarna, un profundo corte en la mano buena y, finalmente, la lepra aunque, para cuando empezaba a manifestar los primeros signos de esta última pestilencia y su ánimo valeroso se hundía por momentos, la diosa le envió, ya fuera por piedad, por método o por dar cumplida satisfacción a sus crueles apetitos, la calamidad final. Como en uno de esos festejos de luces con pólvora, ruido y color, Eresta decidió que correspondía hacer sonar la traca final y concluir el divertido espectáculo de la desgracia de Anju eliminando de la escena, de una vez por todas, al desgraciado padre de Roble.

Ocurrió que una tarde, mientras Roble acompañaba a su renqueante padre por la calle, sujetándolo por el brazo para que mantuviera el precario equilibrio mientras Anju repetía una y otra vez al chico que no era lo bastante mayor como para empezar a trabajar y que él, fuera como fuese, se repondría y ganaría el jornal que, como siempre, les permitiría seguir adelante, el chico vislumbró una nube de polvo y oyó gritos y el rítmico sonido de los cascos de caballos al galope.

—¡Cuidado, padre! —fue lo único que Roble acertó a decir, mientras tiraba del brazo de Anju, tratando de apartarlo del camino.

No lo consiguió. No a tiempo. La polvareda era obra de Osej, el príncipe heredero. El joven había salido a pasear con su nueva cuádriga, tan poco apropiada para tal menester. Mimado y alocado a partes iguales, el

jovenzuelo desoyó los consejos de todos los que se atrevieron a regañarlo. Incluso su padre, el rey Rébor, siempre condescendiente, tan extremo en su amor como pudiera serlo Anju con Roble, le pidió que no saliera por las calles de la capital con aquellos animales nerviosos y un carro más de guerra que de lucimiento. Pero Osej no escuchó. Más bien se burló de todos y, satisfecho una vez más por poderse salir con la suya, abandonó el palacio montado en la caja y avanzando por las calles a toda velocidad. Quien pudo se apartó de su camino. Más de uno ahogó una imprecación, temeroso del poder de aquel irresponsable. Pero Anju no pudo apartarse ni imprecar. Apenas soltó un gemido cuando el primer caballo lo embistió. Su hijo tiraba inútilmente de él, tratando aún de apartarlo de la demencial carrera, cuando la rueda le pasó por encima del torso, rechinando ella y haciendo crujir todos sus huesos. Osej no detuvo la carrera de los animales ni se interesó por aquel desgraciado, al que quizá ni tan siquiera vio, o prefirió ignorar.

Roble sí gritó e insultó al príncipe por su nombre, tan fuera de sí estaba como para no detenerse a pensar en lo que aquellas voces podían acarrearle. ¿Qué más podía perder cuando allí yacía su pobre padre agonizante?

Moribundo, pues aún no había fallecido. Con el pecho aplastado, los huesos destrozados y sangrando profusamente, Anju trataba de hablar y de aferrarse a su hijo.

—¡Padre! ¡Padre! —le gritó Roble, agachándose a su lado y sin saber qué otra cosa podía decirle, más allá de su desesperación. No se le ocurrió ofrecerle un «te quiero» que habría salido del corazón, ni un «te necesito», a todas luces más práctico. Solo aquel «padre» identitario y de reconocimiento que, en su tono, incluía mucho más sentido y emociones que otros discursos.

—Hijo mío —susurró Anju, con el hilo de voz que se le escapaba junto con la vida, más allá incluso del dolor o el sufrimiento físico—, ¡perdóname! Perdona a este viejo desgraciado por no haberte sabido cuidar bien, por dejarte solo en este mundo.

—¡Padre! ¡Padre! —más lastimero que ofuscado.

—No olvides que tu madre y yo siempre te hemos querido. Que lo hemos dado todo por ti. ¡Vive, hijo! ¡Vive por nosotros!

La frase fue perdiendo el poco vigor que le quedaba y Anju notó como toda la vista se le empañaba y se le escapaban los sentidos y la vida. No pudo ver a su hijo Roble agachándose para besarle la frente, para

sujetarle la cabeza sobre sus rodillas y acunar su cadáver entre lágrimas. Solo entonces Roble se acordó de pronunciar lo más importante, cuando el cuerpo de Anju se hallaba más allá de las palabras.

—Padre, te quiero.

El muchacho quedó allí llorando durante horas. Ajeno al tumulto, a la gente que lo rodeaba. Ajeno a los hombres del rey que, ahora sí, acudieron a hacerse cargo de la situación. Solo cuando sus ojos se secaron y se apagó el zumbido constante en sus oídos, Roble consintió en levantarse y dejó que otra gente tocara el cadáver de su padre. No lo abandonó hasta que no le dieron inútil sepultura. Y luego regresó a su humilde casa solo, como nunca hasta entonces lo había estado y como tardaría décadas en volverse a sentir, cuando la negra parca se le acercase de nuevo.

Estaba sentado en la silla de su padre, cabizbajo y ensimismado en oscuros pensamientos cuando los hombres del rey llamaron a la frágil puerta sin obtener contestación. Un mensajero, ajeno a las leyes de la privacidad y las más severas del duelo, la abrió pese a todo y, seguido por dos guardias, cruzó el umbral.

—Roble, debe venir con nosotros a palacio. ¡El rey reclama su presencia!

Si Roble hubiera estado más entero, tal vez lo habría invadido el temor. Ni recordaba los exabruptos pronunciados contra el heredero ni sabía cabalmente a donde lo conducían aquellos hombres. Se dejaba hacer como si se encontrase flotando en una nube, envuelto en su pena y sus sombríos pensamientos.

Al llegar a palacio, pareció reaccionar justo antes de hallarse en presencia del rey. Junto a Rébor se hallaban la reina, un par de consejeros y el maldito Osej, con cara de pena, fuera esta real o fingida. Roble, por un instante, pugnó por liberarse de la inmediata presa de los guardias. Había reconocido al asesino de su padre, al imbécil que conducía una cuádriga por mitad de la calle, insensible al daño que podía ocasionar y causó. Roble era ahora el indiferente. Le daba igual que Osej fuera príncipe o dios. Lo odiaba como nunca pensó que podía hacerlo su corazón y deseaba aplastarlo entre sus manos. El rey miró con pena a Roble, pidiéndole calma con un gesto de su mano, y con rabia contenida a su hijo. Roble, en un momento de lucidez, se dio cuenta de que cualquier otro que no hubiera sido Osej habría pagado con su vida por aquella carrera demencial y mortífera. Pero el padre amantísimo no podía castigar con tal severidad a su hijo, ni se sentía capaz de encerrarlo o exhibir públicamente su vergüenza. Roble, al

mirar al rey, vio por un instante, por mágica superposición, la imagen de su sacrificado padre y entonces cesó en su pugna, relajó todos los músculos y se puso a llorar en silencio.

—Queridísimo Roble —pronunció con voz tonante, ensayada en forma y contenido para la ocasión—, no puedo devolverte a tu padre ni pedirte perdón por lo sucedido. Puedo asegurarte que lamento profundamente su pérdida y me avergüenzo de la locura de mi hijo. Ni él ni yo, por consentirlo, merecemos tu perdón. Pero no puedo permitir que, tras tan funesto accidente, un joven como tú quede condenado a la miseria y la soledad.

No dijo más. No habló de compensaciones ni de castigos. Se limitó a hacer un gesto a uno de sus guardias quien, con parsimonia ensayada, tomó del suelo una voluminosa y pesada bolsa que llevó junto a Roble.

—Nada puede pagar la muerte de un padre —prosiguió Rébor—, ni borrar el pecado de mi hijo. Pero no consentiré que tú, Roble, pagues también con tu vida por lo que mi hijo os ha hecho. —El gesto de la mano señalando la bolsa sirvió de complemento a la pausa teatral— Esa bolsa es el tesoro de mi hijo —la última palabra pareció escupirla, pero parecía preferirla al nombre del asesino, que nunca en la entrevista ocupó sus labios, Osej— y deseo que tú, en este instante, con mi permiso y por tus propias manos, extraigas de ella un puñado de oro que te permita vivir ahora que te hemos privado de la protección de tu padre.

El rey hizo a Roble un gesto con la cabeza. El muchacho dudó. No porque no entendiera que, de algún modo, lo estaban comprando, sino porque no esperaba aquella situación. El guardia hizo tintinear el saco bajo sus narices y Roble, con gesto de desafío y un punto de vergüenza, introdujo ambas manos en su interior y sacó un enorme puñado de monedas y joyas. El mozalbete de catorce años, con sus enormes manos, se llevó medio celemín de oro, que pesaba en ellas casi tanto como su ira. No dijo una palabra. Se limitó a darse la vuelta e iniciar el camino de salida sin consultar a nadie, con gesto altivo y sorbiendo, infantilmente, por la nariz.

—Es mi deseo —completó el monarca— que el joven sea considerado desde hoy mi protegido y que nadie ose quitarle lo que por derecho es suyo ni someterle a violencia si no quiere enfrentarse a mi justicia.

Si las últimas palabras iban dirigidas a su hijo, cuyo rostro de pena se había cambiado por otro de profunda irritación al verse despojado de aquella fortuna, o contra los bandidos y salteadores que menudeaban por

las calles de la capital y por todos los caminos del reino, es asunto en el que no merece la pena entretenerse.

Roble se había despertado aquel día humilde, ejerciendo como improvisado bastón de su debilitado padre, y se iba a acostar huérfano y rico, más triste que nunca pero con un futuro prometedor literalmente entre sus manos. Aquella noche, dos guardias quedaron fuera de su casa custodiando el descanso del joven.

Al día siguiente Roble, igual de triste pero algo más entero, tomó la determinación de partir de aquel lugar hacia la comarca de Ciinio, donde conservaba algunos parientes maternos. El rey ordenó que lo escoltasen para que nadie le robara su recién adquirida fortuna.

Allí Roble montó una tienda que, en breve, se convirtió en próspero establecimiento. No descuidó, según los consejos de su padre, su formación, sino que la amplió para poder dirigir aquel incipiente negocio. Pasado el tiempo casó con una joven de buena cuna, sumando las fortunas de ambas familias, tuvo hijos, dispuso de dinero en abundancia y gozó de una vida lo bastante regalada y sin contratiempos como para que pudiera considerársele, sin entrar en los detalles que desvirtúan y ensombrecen este tipo de valoraciones, razonablemente feliz. Si aquella plácida y afortunada existencia fue fruto del azar, del arrepentimiento del monarca o si la malvada Eresta tuvo algo que ver en el resultado como pago por la deuda contraída años atrás con Ajún y Anju, a partir de aquel deseo de fortuna para su vástago que a ellos les costó calamidades y la vida, dejaremos que el amable lector sea quien lo juzgue y determine.

Juan Luis Monedero Rodrigo

LÓBULOS PREFRONTALES Y CIVILIZACIÓN

No sé si es una cuestión de grandeza de miras, de talento y mera capacidad de raciocinio o tan solo un producto de mi personalidad arrolladora pero debo confesar, como declaración de principios, que soy un optimista irredento. Lo que quizá sorprenda en estos tiempos que se antojan, para muchos, oscuros y deficitarios, carentes de los tintes heroicos de épocas pasadas, de patriotismo, moralidad o respeto. Sin embargo, pese a los graves peligros que se ciernen sobre el orbe todo, debo

confesar que yo mantengo una clara esperanza en el futuro y en la capacidad de superación civilizadora del género humano en su conjunto.

¿Cuál es la razón de esta confianza en el porvenir? Hay muchas, no lo niego, porque siempre brillan pequeñas luces incluso en lo más tenebroso. Pero confieso que la razón principal de mi optimismo radica en algo tan objetivo como los lóbulos prefrontales humanos y su innegable relación con el espíritu intelectual y civilizador de nuestra especie.

Durante tiempo inmemorial la vida humana se caracterizaba en casi todas las sociedades por su volatilidad y brevedad. Abundaban los jovenzuelos fuertes y capaces que se arrogaban la potestad de gobernar y decidir el futuro propio y el de sus convecinos. Pocos individuos llegaban a ancianos y, entre ellos, aún menos eran lo que lo hacían en condiciones lo bastante buenas como para influir en el destino de los pueblos y naciones.

La historia está plagada de muchachos que dirigen a los suyos a la ruina por el simple hecho de no haber madurado lo suficiente cuando el poder ha caído en sus manos por herencia o la mera fuerza de su inconsciente brazo. Basta posar la vista en cualquier instante del pasado para encontrarse con jóvenes y adolescentes que, cegados por su inmadurez y su afición al riesgo, conducen a sus semejantes a la derrota, la tiranía o la destrucción. Vemos así a un alocado Paris que hace caer la ruina sobre Troya por el embeleso de la pasión. Al grandioso Alejandro que conquista medio mundo por la fuerza y el coraje para luego abandonarlo antes de tiempo. Un demente como Calígula que se cree héroe en sus botitas infantiles y crece para convertirse en monstruo homicida. Y así podríamos proseguir hasta el infinito. Cuando el joven debería poner su fe en la sabiduría del anciano y embarcarse solo en las aventuras que sus mayores le indican, siempre existe la posibilidad bien cierta de que sean la fuerza y la inmadurez las que gobiernen sus actos y por ello nuestro pasado, como el presente, está poblado de hechos infames, lamentables o vergonzosos ejecutados por la falta de juicio. Y no digo que un hombre maduro, incluso un viejo que no haya llegado a la senilidad, no pueda provocar tropelías, crímenes y desastres pero, en aquellos casos en los que el gobernante no es un perfecto estúpido —lo cual la edad lejos de mejorar su estado tiende a magnificarlo, apoyada en la confianza que otorga la experiencia, incluso la del imbécil—, siempre será por una razón meditada y con un objetivo en el horizonte.

No me cabe la menor duda, pues, de que parte de los problemas de la humanidad en su lento progreso a lo largo de miles de años y cientos de

generaciones han sido provocados por la inmadurez de los chiquillos que tomaban las decisiones de mayor transcendencia.

Hoy sabemos que una de las últimas regiones del cerebro en madurar es su zona anterior, la constituida por la corteza prefrontal, donde reside, entre otras funciones, la capacidad de controlar estímulos, impulsos y emociones, percibir riesgos y tomar decisiones. Su inmadurez es, al menos en parte, responsable de muchas de las locuras propias de la adolescencia. Curiosamente, parece ser que los lóbulos cerebrales ahí localizados maduran antes en la féminas que en los varones, lo cual tiene bastante que ver, a mi juicio, con que la adolescencia de las mujeres tienda a ser, en promedio, menos virulenta que la masculina. Cuando menos, dicho estado acaba por superarse. Salvo para algún desdichado que, incapaz de madurar, permanece durante toda su vida en una suerte de absurda infantilidad mental.

Hoy, por suerte, intuyo que la tendencia a que los jóvenes tomen decisiones importantes para todos está cambiando. De ahí mi optimismo sin paliativos con respecto a nuestro resplandeciente futuro racial o, por mejor decir, específico.

Hoy en día la longevidad que asusta a muchos ministros de Hacienda, la superpoblación que causa pavor en el mundo, ofrecen, sin embargo, una cara más amable. Somos muchos, es cierto, pero también una multitud de ancianos en puestos de responsabilidad, lo bastante sanos como para no dejarse apartar del poder y dueños de la mayor parte de las riquezas que gobiernan el orbe. Si a ello añadimos la prudencia propia de su edad junto con esa sana visión conservadora que limita, cuando no criminaliza, el cambio al que tan proclives son los muchachuelos, podemos inferir fácilmente que la llegada de imberbes y jovenzuelos alocados al poder y los puestos de responsabilidad de gobiernos y empresas es más difícil y limitada que en cualquier otro tiempo, de modo que la inmadurez de sus lóbulos prefrontales no ha de condicionar decisiones trascendentales ni afectar como en el pasado el devenir de pueblos y naciones a través de la historia.

Nos acercamos, amigos míos, a la gerontocracia. Sabia, prudente, alérgica al riesgo y las pasiones, tan cegadoras como irracionales. Así las cosas, el mundo camina decidido hacia la paz y el progreso por cuanto que el aumento de la esperanza de vida aleja a jóvenes y adolescentes del poder, evitando los problemas que su cercanía al mismo causó a lo largo de la historia, cuando alguien con cuarenta años era casi un anciano y abundaban

reyes, guerreros y gobernantes de notoria inmadurez cerebral y elevados niveles de testosterona.

Gazpachito Grogrenko
(futuro gerontócrata sapientísimo y filantrópico)

SÍ, SÍ HAY TEMBLOR

No era uno de sus temas más conocidos. Ni mi preferido, aunque me gustaba. Pero me acuerdo de aquella canción de los Celtas Cortos —Lluvia en soledad— en la que el señor Cifuentes se ponía tierno, triste y dulce para decir: «*sí, ay sí temblor/la lluvia cae en soledad/sí, ay sí temblor/no llamas y no vendrás*». Y me acuerdo de ella en ocasiones que nada tienen que ver con el lirismo de la letra, la melancolía que destila o la agradable melodía. Por extraño que a algunos les suene, puede ser que los versos y la música acudan a mi imaginación cuando escucho al político de turno soltar determinado latiguillo con el que se le llena la boca y hasta parece ufanarse mientras estira su triste figura poniendo completamente recta la espalda y alzando el mentón.

Debo de ser un memo, un pusilánime terrible, porque me repugna oír ciertas frases a los poderosos. Bueno, lo confieso, me repugna oírles decir muchísimas cosas, particularmente a los políticos de toda catadura. Pero, en este caso, me refiero a una de su máximas más célebres y universales. Pocos mandatarios, incluidos grandes empresarios, militares o gobernantes, se resisten a usar la manida expresión de que no les tiembla el pulso cuando tienen que tomar una grave decisión. Al margen de que dicha decisión siempre sea grave para los demás y no para ellos, lo cual para cualquier psicópata de andar por casa ya sería razón suficiente para poder prescindir de tal temblor, lo que más me sorprende es el orgullo con el que se pronuncian tales palabras, como si fuera lógico y admirable, una cualidad de la que presumir, tal falta absoluta de empatía.

«Sí, ay sí temblor». ¿Cómo puede ser que alguien que asegura preocuparse por el pueblo, por sus convecinos o por sus votantes no sienta el menor escrúpulo en tomar una decisión grave que sabe que va a afectar a otros? Subir impuestos, recortar derechos y servicios, rebajar sueldos, apretar cinturones, echar empleados. No se trata de que las medidas sean impopulares y ello requiera valor por parte del personaje. Ni siquiera pretendo poner en duda la necesidad de que dichas decisiones sean

tomadas. Tal vez sean las únicas posibles. Quizá la inacción sea peor y, sin duda, cualquier otra opción resulte todavía más dolorosa. Pero, si alguien me va a joder por mi bien, pues preferiría que, antes de tomar la inevitable decisión, le temblase el pulso un poco, siquiera por remordimiento o culpa anticipados, por hermanarse con sus víctimas y su dolor provocado, por mera humanidad. Mejor, a mi juicio, esa duda humana que la vaselina con la que intenta convencerme. Si el general manda sus tropas a la muerte, si el empresario despide a sus trabajadores o el político condena a los ciudadanos a una situación lamentable, prefiero verlo triste, dubitativo, culpable, antes que orgulloso y satisfecho.

Que yo sepa ninguno de los que toma las decisiones es una máquina de obediencia ciega. Todos se presentan como humanos con sentimientos y justifican las decisiones en el bien común o la necesidad. ¿Es mucho pedir o esperar que se sientan afectados por lo que se ven obligados a hacer? Esa falta de dudas y sentimientos habla bastante mal de cualquiera de ellos. Es bien característica del egoísta, del egocéntrico, del malvado, del asocial, del psicópata. A mi juicio deberían tomar las decisiones, si son necesarias, con la justificación de la obligatoriedad pero el temblor que indica que sienten y lamentan el sufrimiento ajeno que puedan provocar. No es que eso haga más llevadero el dolor de los afectados, pero es lo mínimo que puede esperarse de quien, siendo humano, nos causa un daño inevitable y que no nos desea.

Para ver figuras de cera está el museo. Y cada vez más robots sustituyen a los operarios en las fábricas. Ni unas ni otros deberían ser quienes tomasen, sin sentir, las decisiones que nos afectan.

Sí, ay sí temblor.

Juan Luis Monedero Rodrigo

EXPIACIÓN

Observar las evoluciones de un p'sar partiendo la carne según su ritual tradicional era absolutamente fascinante. Y una experiencia afortunada, porque se trataba de una acción tan privada que, normalmente, solo se ejecutaba en la más completa intimidad.

Los p'sar, si no los conocías, daban auténtico miedo, pavor, terror. Un ojo inexperto o inocente, un simple chiquillo que nunca hubiera visto a un p'sar, habría temblado de pies a cabeza ante su sola presencia y muy

probablemente pensaría que aquellos seres debían ser asesinos terribles. Y es que el aspecto de cualquier p'sar es de por sí amedrentador, con su exoesqueleto robusto y lustroso, recubierto de espinas, su boca plagada de dientes afilados entre cuatro mandíbulas simétricas y poderosas, sus cuatro patas traseras, a modo de recias vigas, capaces de darle tanto fuerza como soporte, estabilidad y una agilidad endiablada, o sus dos extremidades superiores, a modo de brazos cubiertos por pinchos que casi parecían arpones, con sus bordes irregulares y serrados, pero terminados en manos hábiles, fuertes y con garras retráctiles que, al abrirse, semejaban afilados cuchillos. Su dorso como un escudo espinoso y su pecho con una especie de quilla a modo de espolón, de aspecto agresivo y capaz de sostener los poderosos músculos de sus brazos, completaban el impresionante porte de aquellos seres de aspecto terrible para cualquier humano y buena parte de las especies civilizadas conocidas. Sus ojos, de un color tan negro como su caparazón, apenas depresiones en la cutícula, compuestos los del rostro y simples en número variable y distribuidos por todo el cuerpo, aumentaban el desasosegante aspecto de artrópodo alienígena. Sin conocerlos, cualquiera habría jurado que el diseño de sus cuerpos, fruto de la evolución, era el de un depredador asesino, una imagen atávica que despertaba oscuros terrores en la imaginación y que obligaba a un esfuerzo de voluntad para no salir corriendo en su presencia, tolerar su proximidad y, aún más, interactuar con cualquiera de ellos de forma relajada.

Sin embargo, quienes habían convivido con los p'sar y conocían su comportamiento habitual en sociedad, tenían una imagen muy distinta de ellos. La familiaridad, el contacto y la costumbre habían logrado que todos olvidasen esa alarma inicial provocada por su aspecto. El comportamiento de los p'sar en sociedad los convertía en ciudadanos pacíficos y ejemplares, trabajadores productivos y vecinos modelo, solícitos, humildes y agradables. El tipo de persona que uno desearía tener por vecino con la seguridad de que siempre recibiría ayuda y colaboración, con la certeza de no ser defraudado ni adquirir una deuda que luego costaría pagar devolviendo o incrementando favores.

Por todo ello resultaba fascinante contemplar a un p'sar despedazando una pieza de carne, porque en tales circunstancias podía observarse, sin apenas un esfuerzo de imaginación, la perfección de movimientos, la gracilidad y velocidad de los mismos, el control absoluto de la fuerza y precisión que aquellos seres ejercían sobre su cuerpo y sus

extremidades a la hora de realizar aquel ritual en el que, por momentos, uno sentía admiración y escalofríos, por ver cómo el aspecto cuadraba con las acciones y comprobar como aquel ser pacífico y educado hacía honor a su anatomía y demostraba su increíble habilidad para desmembrar, cortar y destruir. Si aquella técnica se aplicase a un hombre y no al alimento de los p'sar, su eficacia sería muy parecida, quizá superior. Tal constatación provocaba que el desasosiego, olvidado u omitido, se hiciera presente, convertido el ciudadano y vecino ejemplar en monstruo sanguinario, concentrado e impertérito mientras desmenuzaba sus vituallas.

Eso fue lo que le sucedió a Natasha. Ella, que sentía pavor por los bichos, daba igual que poseyeran exoesqueleto o fueran miserables gusanos, se había acabado enamorando, metafóricamente, de la esencia de los p'sar. De la que ella intuía como verdadera, cuando menos.

Poco podía imaginar mientras contemplaba a su amigo, el tendero K'fir transmutado por arte de la tradición en matarife de sacrificio ritual, lo que sus ojos, tiempo después, alcanzarían a ver y temer. En absoluto podía suponer que la realidad de los p'sar fuera bien distinta de la que ella había percibido durante toda su existencia. Ella y cualquier humano, junto con todos los alienígenas inmigrantes que convivían generación tras generación con los dulces, pacíficos y voluntariosos p'sar.

Nadie sabía con certeza de dónde habían llegado. Ni cuándo, porque los registros sobre su presencia eran, sin duda, posteriores a su aparición.

Primero se los observó con extrañeza y suspicacia. Unos seres con aquel aspecto no podían resultar amables a simple vista para un humano. Desde tiempo inmemorial a muchísimas personas le habían provocado repugnancia y temor insectos y arácnidos. Por ello, la visión de algo semejante pero de tamaño inconmensurablemente mayor y en forma de xenobionte no podía resultar en absoluto sosegante. La primera impresión provocaba un escalofrío atávico. Pero, al contrario de lo que suele suceder, la segunda y aun la tercera echaban por tierra cualquier tipo de prejuicio racial. Los p'sar eran tan encantadores, tan amables y bondadosos, tan de fiar, que cualquiera, incluida la impresionable Natasha, era capaz de vencer el escrúpulo primigenio y aceptar a un p'sar como vecino y amigo sin que aquello le provocara el menor conflicto.

Natasha no dudaba de que K'fir y ella se habían convertido en amigos. La confianza mutua parecía tan grande, sin duda, como puede serlo entre dos seres tan completamente diferentes. Mayor también que la que

sentía por la inmensa mayoría de los humanos. Y eso pese a que la sensación de extrañeza era perenne, puesto que humanos y p'sar son tan diferentes, incluso en su forma de pensar, sentir o expresarse, que muchas veces la mera comunicación y entendimiento resultaban imperfectos. Pero no fue un simple defecto de comunicación el que provocó el terrible problema que finalmente se desencadenó. Eso lo comprendió incluso la casi siempre ingenua y confiada Natasha, justo cuando sus esquemas mentales se rompieron y un grito gutural logró brotar de su desesperada garganta.

El problema, quizá, era de memoria, siempre incompleta y fragmentaria para los humanos, proclives al olvido y a no guardar registro pormenorizado de la antigüedad. Si no lo guardan de su propio pasado mal van a llevar registro del de unos extraños. Por desgracia para los humanos, como lo fue para otros pueblos, los p'sar sí tienen memoria. Así como una paciencia infinita.

Si lo cotidiano pudiera valorarse con perspectiva adecuada cuando los hechos provocados se manifiestan en su plenitud, resultaría tan sorprendente como educativo comprobar las consecuencias de gestos que parecen triviales.

Por desgracia, en la mayor parte de los casos, incluido el de los p'sar que nos ocupa, la realidad de lo que se está gestando solo se alcanza a vislumbrar demasiado tarde, cuando no se trata de predicción sino de confirmación de lo que pudo haberse imaginado y temido.

Antes de que el cambio se operase, nadie en su sano juicio habría podido sospechar, ni apenas imaginar, lo que a continuación iba a suceder. Todo lo más, un inocente observador, contemplando las evoluciones de un p'sar ejerciendo de carnicero, como lo hacía K'fir, al cortar una pieza según el modo tradicional de los de su especie o a un p'sar artesano, o que realizase cualquier trabajo tradicional mínimamente físico, habría podido intuir la adecuación de su diseño a menesteres bien alejados de aquellos para los que cualquier ciudadano se había acostumbrado a verlos.

Sin embargo, si las gentes hubieran sido más desconfiadas, suspicaces o meramente curiosas se habrían preguntado, por lo menos, cuál era el origen de aquellos seres extraños, el porqué de su diáspora y, ante todo, la razón, religiosa o ideológica, de la frase que repetían una y otra vez cuando alguien llamaba la atención sobre su bondad extrema:

—Todo es poco para expiar nuestros pecados.

A la que se sumaba, indefectiblemente, un comentario, tomado por casual o inocente, pero que, al contrario, era sorprendentemente sincero y revelador:

—El día de la expiación se acerca.

Muchos sospechaban que tal día debía de constituir una festividad principal para los p'sar, una fecha señalada en algún calendario milenario, quizá de tintes religiosos. En cierto sentido, no se equivocaban al suponer que se trataba de una conmemoración importante y, a su oscuro modo, una ocasión festiva… pero solo para los propios p'sar.

El caso es que, según la percepción de todos los que habían tenido ocasión de conocerlos, los p'sar siempre se comportaban correctamente. Indefectiblemente brindaban ayuda a quien la necesitara, ya fuera material o no, incluso a riesgo de su propia comodidad y hasta su vida. Daba igual que justificasen su modo de obrar recurriendo, como un mantra, a aquella frase que parecía vacía de contenido de tanto repetirse: «todo es poco para expiar nuestros pecados». Si se trataba de su naturaleza o de una adquisición consecuencia de un desarrollo moral, intelectual o una imposición de índole religiosa, el hecho innegable era que los p'sar se habían convertido en los seres más de fiar cuando se presentaba cualquier problema.

Si no, que se lo preguntaran a Natasha.

Desde bien niña había conocido a los p'sar, pero tan solo desde lejos. La verdad es que, por aquel entonces, la impresionaban lo suficiente como para no querer verlos desde cerca, por más que fueran admirados por su extrema bondad. Y es que para el alma impresionable de una chiquilla de poco sirven consejos o palabras cuando el miedo hace presa de ella. No era nada personal contra los p'sar. Todo cambió, sin embargo, cuando se produjo el accidente. Un incendio en la casa, la madre intoxicada y la niña que no sabe salir por su pie. Y entonces aparece el vecino, el temido p'sar, se mete entre las llamas y rescata a la madre y a la niña sin importarle el riesgo ni el hecho de que no las conocía de nada. Héroe local y amigo de por vida para la chiquilla. Si un monstruo te salva, es difícil seguirlo viendo como tal. Se trataba de K'fir, desde entonces amigo de la familia y capaz de ganarse y compartir la confianza de todos. Ante todo la de Natasha, junto con su incondicional afecto.

Por eso la perplejidad posterior, junto con el recuerdo del espanto. La sensación de estar sumergida en una increíble pesadilla y su cerebro, machacón, repitiendo la absurda cantinela del incrédulo: esto no puede

estar pasando ni lo que veo puede estarme sucediendo a mí. El cerebro rechaza por imposible lo que le transmiten todos los falibles sentidos antes de admitir que la confianza pueda ser traicionada.

Pero, ¿de dónde nacía la confianza? De la costumbre y de esos mismos sentidos que, generación tras generación, habían mostrado al mundo la bondad infinita e inmaculada de los p'sar, vecinos y ciudadanos ejemplares.

Lo curioso del caso, o no tanto, es que muchas personas a lo largo de varias generaciones habían tenido ocasión de escuchar, como si fuera una letanía infinita, las protestas de culpabilidad, de crímenes primitivos sin perdón, de los p'sar. Pero sonaban demasiado parecidas al pecado original bíblico al que tan aficionados eran aún muchísimos humanos. Nadie tomó literalmente los avisos. Se trataba de una cuestión religiosa, o así lo parecía. Y en su religión, de la que eran creyentes y pecadores, residía, a juicio de todos los que se tomaban la molestia de investigarlo, la bondad infinita de los p'sar.

Cuando se comprobó que el pecado racial, original si se quiere, era cierto, sincera o no la culpabilidad que los había acompañado durante toda una era, ya había pasado el tiempo de las precauciones y la previsión. Era el famoso día de la expiación y el significado de aquella frase, que fue tomada como mantra o latiguillo, resultó dolorosamente entendido por miles de millones de criaturas pensantes. El crimen anterior, el armagedón provocado, había sido tan terrible que requirió de eones de tiempo para ser perdonado según la tradición p'sar. Pero el día del perdón, del cumplimiento de la condena autoimpuesta, el día de la expiación, fue también el propicio para iniciar una nueva era de catarsis colectiva. Precedida, para desgracia de casi todos, por otro genocidio sin parangón.

Ya que se los consideraba trabajadores y ciudadanos ejemplares, ni a las autoridades ni a los particulares se les ocurrió preguntarse ni interrogarlos por el motivo de su diáspora. Desde hacía varios siglos, los p'sar habían empezado a pulular por los mundos conocidos, pasando de ser curiosidades extravagantes a convertirse en una minoría bien asentada y aceptada por la sociedad. Todos los p'sar estaban perfectamente integrados y, lejos de dar ningún problema o generar conflictos, pasaban por ser magníficos compañeros y ciudadanos escrupulosos en el cumplimiento de la ley y los deberes cívicos.

Alguno, como Natasha amparada en su confianza hacia K'fir, se había atrevido a preguntar por el significado de la tal expiación.

—¿Tiene que ver con la religión o algún tipo de espiritualidad?

K'fir se quedó dudando un instante, sin mostrarse incómodo sino más bien pensativo, como el que trata de hacer entender al profano un concepto complejo empleando un lenguaje simple, infantil incluso.

—Algo así. En realidad forma parte de un modo de vida.

Natasha no sabía lo que aquello significaba ni lo que podía implicar realmente pero, en lugar de interrogarle por los detalles de aquel modo de vida que tan equilibrados los hacía parecer, asumió que se trataba de algún tipo de filosofía vital, como si estuviera hablando con un budista que ha encontrado el equilibrio entre su mente y sus actos.

El significado de todo aquello era bien distinto de lo que cualquiera podría haber imaginado. Más sencillo, en su esencia, de lo que las palabras de K'fir hacían suponer pero demasiado complicado de explicar o menos aún comprender. Por desgracia para casi todos, el sentido se hizo diáfano mucho antes de lo que nadie hubiera esperado, pero demasiado tarde como para poder tomar medidas que evitaran lo que sucedió.

—El día de la expiación ha llegado —exclamaron a coro millones de p'sar a todo lo ancho de la galaxia. El grito liberador sonó en su propia lengua así como traducido a todas aquellas que se hablaban en sus mundos y sociedades de adopción.

Y la explicación de aquella frase ya no vino acompañada con palabras, sino traducida a los terribles hechos que se desencadenaron a continuación. La mayoría nunca alcanzaría a comprender, limitándose a participar como víctimas de la hecatombe que tuvo lugar.

Natasha sí llegó a pasar de la perplejidad a la parálisis y, en medio de esta, al conocimiento, por más que no le sirviera para nada, menos aún como alivio.

Lo que sucedió el famoso día de la expiación fue tan terrible y definitivo que apenas quedaron testigos, fuera de los propios p'sar, para relatar los hechos. Y aun los pocos que lograron escapar y recalar en tierra extraña no lograron encontrar oídos para la horrible realidad que tenían que contar siendo tomados, en la mayoría de los casos, por mentirosos, alucinados o ambas cosas a un tiempo. Sin embargo el relato existe y se conserva, como todavía puede encontrarse, si se indaga y pese al mucho tiempo transcurrido, la descripción legendaria de otros días semejantes en que diversos mundos hoy olvidados padecieron idénticaaa calamidad. Las historias coinciden de tal modo en lo general que resulta imposible, cuando

no estúpido, convencerse de que son únicamente cuentos sin relación ni sentido.

Sospechamos que, entre los p'sar, se conservan relatos mucho más minuciosos de su historia dentro de sus libros sagrados o en los anuarios con los que miden el paso del tiempo y anticipan cada nuevo día de expiación. Pero nada de ello ha trascendido. Como nadie puede asegurar que la culpa y bondad posteriores de los p'sar sean sinceras y no mera impostura o espléndida actuación.

Cuando llegó el último día de la expiación, el más reciente, nada hacía pensar en los mundos humanos colonizados por aquella admirable minoría p'sar que la jornada fuera a resultar especial en ningún aspecto. Cada quien afrontaba sus problemas cotidianos, quizá existían conflictos más o menos graves e incluso problemas severos que ponían en peligro el futuro de las sociedades que los padecían. Pero, a la postre, nada de aquello tuvo la más mínima trascendencia. Como la perdieron, en el sentido más material del término, las vidas de todos los pobladores humanos y las de los alienígenas no p'sar que habitaban en cada uno de los desdichados planetas.

Pero, ¿en qué consistía el tan cacareado día de la expiación? Pues, básicamente, en un baño de sangre ajena causado por la completa y salvaje liberación de los instintos más profundos de los p'sar. No se trataba de ninguna catarsis ni de festividad alguna. Con paciencia infinita los p'sar contabilizaban el tiempo transcurrido desde la última masacre perpetrada. La vida de los p'sar como especie transcurría cíclicamente entre breves episodios de violencia extrema que les permitían conquistar mundos enteros y largos periodos de paz y, supuestamente, culpa por los atroces crímenes. Fuera o no cierto el sentimiento de horror y pecado por los asesinatos perpetrados, lo cierto es que los p'sar respetaban escrupulosamente el periodo de expiación. Emigraban, se repartían en silenciosa diáspora por otros mundos y se integraban a la perfección en los mundos de adopción, asumiendo las costumbres locales y transformándose en ciudadanos ejemplares, respetuosos y productivos. Según ellos lo veían, aquel largo periodo de tiempo, que incluía docenas de generaciones de p'sar pacíficos que jamás empuñaron un arma ni usaron sus cuerpos como tal, era un sacrificio necesario para que su último pecado racial fuera perdonado, por sus dioses o tal vez solo por ellos mismos. Hasta que, transcurrido el tiempo marcado, ya libres de pecado, se lanzaban a una nueva orgía de sangre, a una repetición de su crimen original que condenaba a la extinción a quienes los habían aceptado en su seno.

El caso es que, tras el último eón de paz, nadie esperaba su transformación en bestias sanguinarias y brutales. Aquella mañana todo parecía normal, equivalente a cualquier otro día. Hasta que los p'sar concluyeron su cuenta atrás. El día de la expiación había llegado y, perdonado su pecado, podían arrojarse de nuevo a provocar el apocalipsis de sus perplejos y horrorizados vecinos.

La culpa, como si fuera la sucesión de plazos de una hipoteca, había vencido. El pecado, igual que un yogur avinagrado, alcanzaba su fecha de caducidad. Por ello, según su ancestral tradición, los p'sar de la diáspora, los ciudadanos considerados ejemplares en cada uno de sus mundos de adopción, se transformaron. Su virtud se convirtió en mero virtuosismo para la masacre. No se trataba, probablemente, de fingimiento o de quitarse las máscaras, sino de una genuina transformación. Volvieron a sus orígenes depredadores y guerreros, tan nítidamente marcados en su anatomía y sus movimientos, para convertirse en lo que correspondía, los pecadores que iban a aniquilar a todos sus convecinos, olvidadas ya tanto sus pacíficas costumbres como sus acciones solidarias, sin una duda o vacilación, como quien lleva a cabo un programa grabado a fuego y ejecutado sin pensar, desde el automatismo y el oficio.

O quizá sí hubo vacilación pues, de otro modo, no se explica el caso de Natasha, a quien su vecino y amigo K'fir perdonó la vida. O dudó lo suficiente para segarla, por un instante y una única vez, como para conceder a esa víctima singular, quizá la única individualizada aún en la mente del asesino, la oportunidad de huir e intentar salvarse.

Y fueron bien pocos los que escaparon a la muerte. Más por fortuna o ingenio que por dudas o errores de los p'sar. La ejecución del plan, que no había sido orquestada en ninguna reunión previa al cumplimiento de su penitencia, se desarrolló con precisión de relojero. Cada monstruo sabía lo que debía hacer y cómo. Todos ellos llevaban grabados en su esencia los procedimientos que debían desarrollar sin necesidad de consultar a sus hermanos. Cada quien, en su barrio, en su localidad y luego más allá, hasta concluir el genocidio, procedió a la aniquilación sistemática de todo ser vivo inteligente que no fuera de su especie. Apenas sin armas, al margen de las más rudimentarias, su certero instinto y, solo posteriormente, aquellas que pudieron sustraer de los enemigos derrotados, particularmente de las fuerzas de orden público y el propio ejército, los p'sar conquistaron cada planeta en el que fueron minoría, sin excepción. Ningún mundo se resistió a su empuje. Ninguna tropa fue capaz

de refrenar su violencia. Ni de detener o retrasar su objetivo. Millones de humanos perecieron por doquier. Junto con los miembros de todas las especies alienígenas distintas a la suya. Sin ningún tipo de racismo, igualaron a mayorías y minorías como víctimas propiciatorias de su hecatombe. Extendieron el sanguinario imperio de los p'sar y prolongaron su tradición xenocida.

Pese a todo, algunas víctimas lograron escapar a su destino y marcharon a otros mundos, en improvisada y obligada diáspora, huyendo de la muerte y la aniquilación.

Entre ellos Natasha, tan confusa como cualquiera pero segura, o casi, de que su asesino la había perdonado la vida. Sin poder creer lo que sucedía, segura de que en breve despertaría de aquella pesadilla funesta, Natasha se vio dentro de una de las pocas astronaves que logró alzar el vuelo, rodeada de otros humanos igualmente perplejos y horrorizados pero con la fortuna o los arrestos suficientes como para haber llegado al espaciopuerto y verse en un vehículo cuyo piloto humano, tan espantado como el que más, aún era capaz de realizar las rutinas propias del despegue incluso con su mente paralizada.

Natasha había visto a K'fir realizar una docena de veces el ritual del carnicero mientras desmembraba a sus vecinos. Cuando le tocó a ella el turno, el p'sar pareció detenerse un instante, ralentizar sus movimientos y, finalmente, dirigirlos contra otro desgraciado mientras ella misma, gritando como posesa, echaba a correr sin saber hacia dónde. Con tan buena fortuna como para no tropezar de inmediato con otro asesino y, un instante después, la suficiente sangre fría como para cerrar la boca y moverse con sigilo y astucia de un lugar a otro hasta alcanzar el espaciopuerto. Incrédula, vio como su mundo empequeñecía mientras ella, con lo puesto, se lanzaba en compañía de otros desesperados a su particular éxodo, sin saber dónde la llevarían los saltos de la nave ni qué se encontrarían al final. Sospechosa primero al llegar a un destino cualquiera libre de p'sar y, hasta la fecha, de humanos. Refugiada después. Inmigrante, finalmente. E incapaz de hacer comprender el horror vivido tras perderlo todo: sus bienes, su vida anterior, su mundo al completo.

La civilización humana destruida. Los p'sar convertidos en sus herederos e iniciando un nuevo periodo de expiación, tan extenso como el anterior. Una purgación tan prolongada que permitiría primero el olvido y luego una nueva dispersión pacífica hacia otra colección de mundos poblados por cualquier otra raza lo bastante confiada como para aceptar la

serpiente en su seno e ignorar los escasos avisos o los increíbles testimonios de los pocos herederos de otro pueblo aniquilado. Ganarse la confianza, colaborar durante generaciones a la prosperidad de las futuras víctimas para luego robarles sus vidas, sus mundos y extender el dominio de los p'sar por toda la galaxia, por todo el universo.

Los p'sar eliminaron a casi todos los testigos que hubieran podido dar fe de los terribles sucesos que los de su especie desencadenaron en una multitud de mundos. Y el testimonio de los no eliminados perdía fuerza con la lejanía y el escaso número. Sin la voz de las víctimas es fácil reinventar el pasado para construir un futuro a medida de los deseos del vencedor. Y, sin duda, otros p'sar viajarán a otros planetas donde nadie los conozca ni nadie pueda alertar sobre sus intenciones a los ingenuos pobladores de sus nuevos destinos.

Pero ellos, ellos sí conservarán memoria de todo. Y aguardarán con paciencia infinita a que llegue el momento de dar por concluida la espera que marca su proceder durante generaciones así como su ancestral y característico modo de vida . Llegado el día señalado, repetirán sus crímenes. Después podrán permitirse miles de años de culpa y remordimiento, o de simple espera, convertido el tiempo en su aliado y su mejor herramienta.

Juan Luis Monedero Rodrigo

PATERNIDAD

Yo nunca quise dejar descendencia. Como jamás deseé asumir compromisos, respetar las normas, someterme a un absurdo horario de trabajo, casarme o comulgar con los usos más habituales de la sociedad como no fuera de modo hipócrita e interesado, si no gamberro.

Cualquiera que me conozca mínimamente, aceptará lo anterior sin pestañear. Bien es cierto que nadie me conoce con suficiente profundidad como para tratar de entenderme. Quizá tampoco yo mismo.

Asumo que, si he podido mantener mi modo de vida sociópata y egocéntrico ha sido gracias al patrimonio familiar. Sin riqueza, uno no puede permitirse el lujo de escapar a las convenciones y esclavitudes de este mundo. Pero eso no me hace tener en mayor estima a mi propia familia ni lo que la institución familiar representa. Jamás diría que amé o respeté a mis padres, abuelos, hermanos, primos o demás parentela.

Y, sin embargo, ahora debo confesar que mi propia paternidad, aunque solo fuera supuesta y por confirmar, tocó alguna fibra sensible de mi interior de cuya existencia no tenía la menor noticia y que provocó que brotasen algo parecido a sentimientos de orgullo y afinidad en lo más profundo de mi negro corazón.

Nunca deseé herederos ni retoños. Y siempre pensé que, en mis relaciones, había tenido razonable cuidado para evitar preñeces indeseadas de mis circunstanciales, y nada duraderas, acompañantes. Bien es cierto que, por un escrúpulo que entiendo más visceral que racional, nunca me sometí a una cirugía que pusiera punto y final a las posibilidades de error. Quizá, en el fondo y de manera inconsciente, deseaba dejarme abierta la puerta a un cambio de parecer que, lo confieso, ahora veo más cerca que en un pasado bien reciente.

El caso es que, cuando una antigua amante —y me he tenido que morder la lengua para no llamarla vieja, lo que hoy tendría tintes literales, pues la moza, bien buena en su día, ahora es un adefesio ajado y repugnante, que hay que ver cómo se estropean los cuerpos, incluso el sacrosanto que yo mismo poseo— acudió a mí después de quince años para echarme en cara tanto mi abandono como mi involuntario regalo en forma de un mocete de adolescencia granujienta y gesto desagradable, yo sentí tanto asco como miedo. ¿Y si aquella arpía me había engañado durante nuestros escasos y breves encuentros para que la dejase embarazada y luego poder vivir de mi patrimonio? ¿Y si tenía un hijo y debía mantenerlo hasta su mayoría de edad, al tiempo que compensarlos a ambos por el supuesto abandono de década y media? Uno puede ser valiente, pero solo en función de las circunstancias y yo, ante la perspectiva de mi paternidad y los ahorros volando hacia aquella familia postiza a que las leyes podían obligarme a pagar, sentí como me temblaban las canillas, me ascendía la náusea por el gaznate, se me disparaban las palpitaciones y un sudor pegajoso y de hedionda viscosidad me resbalaba por el pecho y la baja espalda.

La mujer, más civilizada de lo que daba a entender su primer gesto tras abordarme, y tan ladina y astuta como yo la había imaginado tras su revelación —de joven nunca habría imaginado que en su sesera habitara más de una neurona, de cuya salud y utilidad tampoco podía dar fe aunque, obviamente, no era por su elevado intelecto por lo que yo me había interesado por ella y, sin embargo, ahora descubrí que poseía más talentos de los que yo creía, así como una cierta dosis de experiencia y años, de esos

que, con cierta elegancia, siempre se hacen pasar por madurez ganada—, me indicó que, al principio, había tratado de encontrarme. Claro que nunca, ni durante nuestra relación ni después, logró echarme el lazo, material ni figurado. Que luego me olvidó, poco más o menos, y sacó adelante al chaval. Pero que ahora necesitaba apoyo para ofrecerle un porvenir, controlar su temperamento, dar respuesta a sus preguntas acerca de su origen y, ante todo, pasta a mansalva para revertir los reveses económicos por los que atravesaba. De modo y manera que había tratado de localizarme y, tras el éxito de las pesquisas, me había contactado con la única intención —¡como si fuera poca cosa!— de pedirme que me sometiera al correspondiente test de paternidad y asumiera deportivamente el resultado o se vería en la obligación de denunciarme y forzarme, por la vía judicial, a pasar por el aro, del reconocimiento y el afloje de guita.

Yo, nada deportivo pero con algún dedo de frente, me resigné al trámite de entregar unas cuantas células para que fueran contrastadas y también procuré hacerme a la idea de que, puesto que para las fechas en que se debió de engendrar aquel mozo yo andaba encamado con su señora madre, el chico, el engendro en cuestión, podía ser mi vástago.

Bien mirado, aunque uno rara vez reconoce los parecidos propios, el chico, que respondía al poco original nombre de José —por fortuna no era otro Sergi que me obligara a llamarlo por mi nombre—, guardaba cierta semejanza conmigo en lo que a sus rasgos se refería.

La amantísima y abnegada madre tuvo, vista mi predisposición —quizá inesperada para ella—, la feliz idea de proponerme que pasara, si aquello no me incomodaba, algunas horas con el rapaz, para tomar contacto con él y hacerme a la idea de lo que podía esperarnos. Yo, como cochino en matadero, me vi en el callejón sin salida, a punto de recibir imaginaria puntilla y agaché la cabeza para aceptar la propuesta que, por alguna razón, llámese estupidez, no consideré demasiado descabellada.

Aprovechando las circunstancias me presentó a José, sin darle demasiadas explicaciones de quién era yo y el chico me miró con más indiferencia que irritación. Yo me esforcé en entablar un diálogo, aunque no en resultar agradable. Al contrario, fui algo borde y traté de tomarle el pelo. Pero el chico no alteró un ápice el gesto. Luego, cuando yo pensaba que la conversación había concluido, él soltó una especie de bufido aburrido y me dijo:

—Así que mi madre cree que tú eres mi viejo.

Estaba claro que yo no le gustaba como padre. A mí tampoco me habría agradado tener por progenitor a alguien como yo.

—Espero que, al menos, tengas pasta —dijo con absoluto descaro y sin que le temblase una pestaña

Ahora fui yo quien solté un bufido. Y luego una carcajada. El chico empezaba a gustarme.

Lo curioso fue que, cuando tuve ocasión de conocerlo mejor, en un par de citas más o menos forzadas en las que se suponía que debíamos empezar a conocernos, mi opinión sobre él, lejos de empeorar, se reafirmó. Mi supuesto hijo era un cabrón en toda regla. Sin moral ni escrúpulos. Un tipo cínico, inteligente, capaz de usar la ironía para insultar sin llegar a ofender. También de hacerse el simpático sin enseñar sus cartas, claras para mí en cuanto al interés económico y puramente material que lo mantenía a mi lado. Así las cosas, ni pretendí que se sincerara conmigo. Jamás se me habría ocurrido iniciar una conversación melodramática de relación paterno-filial propia de telefilme yanqui, y menos aún ante un caradura como José. Pero admito que el muchacho me caía bien. Me veía reflejado en esa inteligencia retorcida, también en sus gestos y ademanes. Y me parecía imposible que esa parte tan visible de su herencia biológica procediera de su insulsa madre, por más que los años le hubieran proporcionado tanto saber estar como pérdida habían sufrido sus encantos de juventud. Sentía estúpidas punzadas de orgullo en el corazón y en el bajo vientre, esa parte de mi anatomía que lo sustituye en demasiadas ocasiones.

¡Hasta me hice el tonto y le largué unos billetes apenas solicitados por él! Y anda que no fingió camelarme, como hacía yo con el bobo de mi viejo años atrás. ¡Ay, ahora era yo el viejo baboso!

Mantuvimos un par de entrevistas más a espaldas de su madre. Nos entendíamos bien, aunque nunca podríamos congeniar de veras. Entre dos aprovechados no hay mucho margen para la mutua extorsión, desde lo emotivo a lo pecuniario.

Llegó el día en que nos dieron los resultados de la prueba. Y no sé quién se sorprendió más al verlos, si su señora madre o este madurito interesante que se lo cuenta. ¡El chico no era hijo mío! Eso significaba que la guarra de la mamá, copiando mis tácticas de aquel tiempo, se lo estaba montando con otro a mis espaldas mientras me decía que yo era el amor de su vida. Quizá el otro no le interesaba como padre. Era un gañán, un fiambre o estaba desaparecido. O, simplemente, era, al igual que su hijo,

otro vivo retrato de mi persona. Jamás imaginé que nadie pudiera ser semejante a mí, pero es lo que tiene el egocentrismo, que nos vuelve ciegos. Si ya había sucedido una vez, ¿por qué no otra?

En el fondo sentí considerable alivio. Me agradaba el chico, pero no me satisfacían ni la responsabilidad ni la congoja de llevarlo atado a mí de por vida. Como me encantaba la idea de despedirme para siempre de aquella zarrapastrosa venida a menos.

No obstante, tuve la consideración de invitar al chico a una farra de despedida. A mi costa, claro está. Y debo admitir que también ahí dio José la talla.

Ni a él ni a su madre los he vuelto a ver, aunque de vez en cuando nos llamamos o intercambiamos algún mensaje. Supongo que no pierde la esperanza de que lo invité a alguna otra fiesta o le suelte unos cuartos porque sí. Quizá le sorprende y agrada que un tío que podía ser su viejo resulte tan enrollado como yo, aunque tampoco me voy a poner aquí a echarme flores sin saber las motivaciones ajenas.

Y mira, debo admitir que, de vez en cuando, echo de menos al chico y lo que significa. Una especie de nostalgia de la paternidad. Hacerme mayor y ver que algo parecido a mí pueda caminar por el mundo dispuesto a comérselo y extender en el tiempo los éxitos cosechados por su padre. Incluso me he preguntado en alguna ocasión si no existirá un verdadero vástago mío perdido por ahí. Aunque es improbable y lo más seguro es que, caso de existir, me decepcionase profundamente, confieso que siento curiosidad. Incluso, en el extremo de la paja mental, he llegado a plantearme el ponerme manos a la obra con la descendencia, sea por el método tradicional, buscando un vientre de alquiler como se lleva ahora o, si ello fuera técnicamente posible, por medio de la clonación, para que haya otro yo en el mundo al que educar en la senda correcta, para que siga mis pasos.

En fin, chaladuras que no suelen ir más allá del suspiro melancólico y la seguridad de que no cambiaría mi vida de desapego y morro por esas complicaciones familiares.

Dicho esto, no intentéis haceros pasar por hijos míos. No va a colar, colegas.

Sergi Lipodias

PORTAESTANDARTE

Banderita tú eres roja, banderita tú eres gualda. O morada. Barrada y llena de estrellas o estelada, con una sola. O llevas la cruz de San Jorge, un puntazo rojo, los colores revolucionarios o una hermosa media luna. Y te llevo en el corazón. ¡Qué digo, en el alma! Nada hay para mí más importante, único y definitivo que haber nacido en este adorable/puñetero país de mierda/oro puro/a. Mi nacimiento no es una casualidad fruto de la herencia genética y las migraciones de mis ancestros. Nada de eso. Es consecuencia del destino, el universo confabulado para hacerme aparecer en este lugar. U obra divina. Porque formo parte del pueblo elegido. ¡Qué fortuna la mía! Y debo alegrarme hasta el infinito si la selección gana al fútbol, si el mejor clima/los habitantes más guapos, listos y bondadosos habitan este territorio (no me hace falta viajar ni comparar para saberlo) y aún más si tengo la oportunidad y dicha de entregar mi vida por la patria en una guerra cualquiera en la que (tampoco me hace falta comprobarlo) mi bando es el justo/victorioso. Bandera de los abuelos, mía, de nuestros hijos, de los nietos… bandera inmortal.

El temible burlón

HERENCIA

En Occidente y, por extensión, en todo el mundo mínimamente civilizado, rico, pobre o mísero, la idea que tenemos de herencia pasa alegremente de lo material a lo espiritual. Nos gusta pensar que nuestros modos y maneras, nuestro carácter, virtudes y defectos, puedan transmitirse a nuestros descendientes y, al tiempo, soñamos con poderles dejar bien cubierto el riñón, legándoles cuanto más mejor para que su vida resulte más fácil, regalada incluso.

Quizá por ello sorprenderá aún más la ya increíble historia que voy a contar acerca de los niasi, pequeña tribu que habitaba las más remotas selvas del África Occidental. La historia parecerá repugnante tanto por la herencia transmitida, a la que dan tanto valor, como por la miseria general de sus existencias. La historia comienza con el flamenco Theo Kuypers, aventurero decimonónico que encontró a los niasi y nos habló de ellos. No sé si la etnia sobrevive pura hasta nuestros días, ya que no he sido capaz de encontrar referencias recientes sobre ellos y su peculiar —en varios sentidos— modo de vida.

El señor Kuypers topó con los niasi casi por casualidad. Y, al principio, no supo diferenciarlos claramente de otras etnias vecinas. Los niasi no eran muchos ya por aquel entonces ni ocupaban una región extensa de la selva. Se trataba de gente humilde y desconfiada. Duros. Capaces de sobrevivir a las amenazas que suponían las múltiples fieras, incluidas las de dos pies y sin plumas, a las enfermedades y aun a la persistente hambruna. A Kuypers le costó mucho que lo aceptaran entre ellos y ganarse mínimamente su confianza. Pero lo que sorprendió sobremanera al flamenco y lo animó a persistir en su investigación sobre ellos no fue la mera curiosidad antropológica o social. Lo que más le fascinaba era la portentosamente sana dentadura que exhibían los niasi de edad avanzada en una época en la que la dentadura del Viejo Mundo, ricos tanto como pobres, era calamitosa, como norma, incluso a edades no tan avanzadas, juntándose en occidente, eso sí, la aún penosa higiene bucal con el inicio de la ingestión masiva de dulces. Teniendo en cuenta que los niasi consumían grandes cantidades de semillas y frutas, que roían los huesos de animal hasta la médula, que la miel formaba parte principal de su dieta y no usaban ningún procedimiento para limpiar su dentadura, parecía milagro que todos la conservasen casi perfecta, lo que no sucedía con sus vecinos de dieta semejante.

Quizá otro, en el lugar de nuestro Kuypers, se habría limitado, según costumbre de la época, a aducir que el salvajismo de los niasi y su supuesta proximidad taxonómica a las bestias, justificaban fácilmente esa resistencia dentaria. Pero él no se dejó llevar por el lugar común ni cayó en los absurdos mitos colonialistas. Sabía que, por más que su propia naturaleza los protegiera de algún modo frente a la caries, debía de existir en su dieta o sus hábitos un componente que favorecía tan envidiable salud dental. Quizá el interés de Kuypers no era puramente teórico o científico, sino que pretendiera copiar el secreto de los niasi y ganar dinero presentándolo en el mundo desarrollado. Hay que decir que tuvo éxito en sus pesquisas pero que, fueran cuales fuesen las intenciones del investigador, no le quedó otro remedio que abstenerse de presentar en público la extraordinaria terapia preventiva de aquella tribu.

Lo que Kuypers descubrió fue que, cuando los niasi hablaban con orgullo de la herencia que pretendían transmitir a sus descendientes, no se referían únicamente al legado de útiles de caza, chozas o abalorios que entregaban a los hijos. Consideraban parte principal de su herencia, y lo

llamaban «amigo», a un diminuto invitado que ejercía como comensal dentro de su boca y en contacto con sus encías y dientes.

Cuando a un bebé niasi le brotaba el primer diente en el frontal de la encía, su familia celebraba una gran fiesta para conmemorar tan señalada fecha. La fiesta, más vocinglera y bailona que cargada de manjares o vituallas, iba acompañada de un rito iniciático que la completaba. No se trataba de ninguna ceremonia de madurez o aceptación al uso, de las que también existían en aquella indómita tribu. Era un acto sagrado de hermanamiento, pero no entre los miembros de la tribu. Hombres, mujeres, niños y ancianos quedaban al margen del rito central, aunque fueran ellos quienes lo conmemoraban. La ceremonia consistía en la unión del infante con un pequeño ser que, desde entonces, habitaría y se desarrollaría dentro de su boca. Un diminuto gusano platelminto —tal como intuyó el belga y confirmó un naturalista anónimo a partir de unas muestras llevadas a la metrópoli por el investigador— era colocado sobre la encía, junto al diente. Se lo nombraba «amigo», con el título de protector, para que pasara toda su existencia deambulando por entre los dientes, paseando por las encías, escarbando por entre los huecos de las piezas para devorar restos de comida, sarro, las bacterias que, para ellos, carecían de existencia y no podían imaginar. Aquel gusano ciego, con una especie de trompa por medio de la cual tomaba su alimento, se convertía en el salvador de la dentadura de su hospedador, su particular e inconsciente odontólogo, su seda dental, su dentífrico y cepillo, todo en uno, devorador de residuos y microbios, eliminador de mal aliento, evitador de caries y podredumbres. El mejor amigo del niño.

Los niasi eran plenamente conscientes de lo que hacían, de las consecuencias de inocular aquel extraño simbionte en sus bocas. Lo que para cualquiera era un gesto tan repugnante que su imaginación acercaba la náusea, para ellos constituía un fenómeno natural y necesario. Tan conveniente como para haber olvidado el escrúpulo, si es que alguna vez lo hubo antes de convertirse en costumbre. El inmundo animalillo, una cinta oscura y moteada que, al crecer, alcanzaba la nada desdeñable longitud de unos cinco centímetros, se arrastraba penosamente entre los dientes, lenta y parsimoniosamente, con la eficacia de un aparato mecánico que repite una y otra vez su gesto. Para los niasi era una criatura sagrada, un don celestial del que dependía el bienestar de la comunidad. Desde su punto de vista merecía el homenaje de aquel ritual de introducción, a la altura o por

encima de ritos infantiles más extendidos como la circuncisión o el cambio de tocado.

Sin embargo, un occidental como Kuypers no podía evitar el asco. Unido a la fascinación de observar las bocas oscurecidas de aquellos indígenas, con manchas móviles pululando tranquilamente entre sus dientes al hablar o mientras dormían. Incluso se consideraba un signo de distinción el poder transportar en su boca toda una colección de aquellas criaturas que, en ocasiones, se reproducían, lo cual hacían por el simple expediente de su fragmentación. Al investigador le daba considerable repelús ver esas bocas perfectas con sus pobladores en movimiento. Ni se le ocurrió la idea de probar en sí mismo la eficacia de aquel método, por más que, una vez aceptado en la comunidad, le fue ofrecido un gusano, honor desacostumbrado entre aquellas gentes.

En sus escritos nos dejó constancia de su repugnancia ante el gusano ofrecido, aunque también indicó que lo guardó como tesoro. Quizá ese último gesto lo libró de la ira de sus anfitriones, cuya reacción ante su negativa a usar el regalo no debió resultar muy propicia. No nos consta si se extrañaron, se irritaron con él o lo ignoraron, como a loco o imbécil.

Kuypers sí que describe la ceremonia de iniciación, que tuvo ocasión de presenciar, o padecer, siquiera en cabeza o dentadura ajena. Claro que el chiquillo que recibió su gusano apenas se enteró y todos sus mayores la vivieron como alegre y festiva. Entre cánticos, el padre de la criatura a la que aflora el primer diente, asistido por el chamán de la tribu, se encarga de colocar el gusano sobre la rosada encía de su vástago. Para ello extrae la viscosa sabandija de su propia repugnante boca. No queda claro si cada boca contiene, de forma habitual, un número múltiple de vermes o el padre fragmenta el propio o cultiva uno nuevo como preparación para la ocasión. Se sobreentiende que el estatus social depende del número y quizá cualquier cabeza de familia que se precie es portador de una vistosa colección de helmintos. El crío ni se entera, pero toda la familia y espectadores chillan jubilosos al ver cómo el bebé y el gusano quedan hermanados y afrontan su destino en común, creciendo ambos desde un estado inmaduro, o larvario, hasta la edad adulta.

Al visitante le causa extrema repugnancia aquella especie de simbiosis, bastarda domesticación que convierte en compañero y amigo al parásito viscoso. Pero no puede dejar de reconocer la eficacia del procedimiento que protege la boca, dentadura y encías, y con ella la salud. Compara las espléndidas dentaduras de los salvajes con la suya propia y las

de sus coetáneos del mundo civilizado y comprueba que el gusano elimina caries y halitosis, evita flemones y forúnculos, llagas y sarro. ¿Acaso merece la pena pagar el precio de vencer el escrúpulo? Él no se siente capaz de hacerlo, aunque intelectualmente reconoce el mérito del hallazgo de tal terapia. E, igualmente, asume que no puede exportar a Europa aquellos gusanos bucales. Ya en su tiempo y más en el futuro, otras planarias parientes de aquellos vermes viajarán de un extremo a otro del mundo subidos sobre plantas y convertidos en plaga silenciosa, desconocida por la mayoría. Pero los pequeños gusanos pardos de los niasi, capaces de preservar la boca de sus portadores, jamás llegarán a cruzar el espacio que media entre ambas regiones. Ni tan siquiera el que hay entre los dedos del chamán, o los suyos propios, y la dentadura carcomida y calamitosa del belga, incapaz de anteponer la salud al puro y simple asco. Curiosa sensación cuando las criaturas rechazadas son responsables de una higiene dental tan perfecta como inocua.

Me pregunto quién de entre nosotros, educado en el amor a la pulcritud y el odio visceral —por racionalizado que se quiera presentar— a la sabandija —sea animal o microbiana—, habría sido capaz, en su caso, de vencer la repugnancia y la aprensión.

Euforia de Lego

HIJOS DEL FUTURO

Quizá llegue el día en el que nuestros herederos, los abanderados hijos del título, no sean humanos como nosotros. No diré, como Arthur C. Clarke, más que humanos. Tampoco menos. Distintos. Más bien ajenos al concepto que hoy tenemos del ser humano.

Podéis llamarlo evolución, si queréis. Aunque no se tratará, no al menos en exclusiva ni como mecanismo principal, de evolución darvinista. Nada de selección natural y eficacia biológica. Es una cuestión de mente y tecnología. Nuestros hijos dejarán de ser los humanos que conocemos porque su mundo seguirá cambiando y ellos lo harán, en la misma o mayor medida, para adaptarse, social tanto como biológicamente, a su nueva situación.

Hoy en día aún nos parece ciencia ficción pero, por más que nos rasguemos las vestiduras al pensarlo o se establezcan leyes en su contra —

tan efímeras como lo son casi siempre las barreras legales y hasta intelectuales en temas que tienen que ver con la tecnología—, en breve estarán a la orden del día las modificaciones biológicas y técnicas del ser humano. Negarlo es como tratar de poner puertas al mar.

Existen, de hecho, quienes ya se dedican a analizar las posibilidades futuras. Hasta quienes propugnan e impulsan el posthumanismo, así como los que ya lo anticipan y nos sitúan en una fase de transhumanismo.

¿A qué se refieren estos términos?

A mí, personalmente, me recuerdan un poco a Nietzsche y su superhombre. Aunque, lo confieso, en los términos en que se suelen plantear no siempre me resultan desagradables o temibles sino, más bien, resultado de un proceso natural. Deseables en ocasiones… Pero no siempre.

Se trata de superar nuestra condición humana actual. Contemplada por los posthumanistas como limitada, primitiva y, por supuesto, mejorable. Algunos hablan de un inminente posthumanismo entendido como un nuevo humanismo que pone en valor los tradicionales valores humanos modificados por la creciente tecnología. De igual modo que muchos contemplan con buenos ojos el uso de prótesis para compensar las deficiencias causadas por malformación o enfermedad, aquí se plantea la opción de usar todo tipo de prótesis —mecánicas tanto como biológicas— para mejorar nuestro cuerpo material así como nuestra mente. Para superarnos y trascender nuestra miserable condición. Según algunos, parece que nos debamos convertir en una suerte de cyborgs saludables y con capacidades más allá de lo imaginable. Para otros lo que debe modificarse es nuestro acervo genético, nuestra esencia humana y animal, por medio de ingeniería genética, edición y biología sintética. Mejorar, en una palabra, lo que la naturaleza ha fabricado a trompicones. Hacernos más fuertes y listos, más sanos y longevos. Y, al mismo tiempo, tratando de hacernos más que humanos, alcanzar el punto en el que dejemos de serlo. Las diferencias acumuladas, forzadas, nos llevarían más allá de la condición humana actual —posthumanismo— hasta alcanzar un punto de inflexión en que ya no se nos pueda considerar humanos, sino otra especie mental y tecnológicamente superior —transhumanismo—. Cada cual carga las tintas en lo que más importante le parece. Algunos proponen conservar alguna clase de esencia, variable según quién opine, de la humanidad. Pero no faltan quienes propugnan unir todos los métodos de cambio. Forzarlos y acelerarlos. Hasta llevarnos más allá de nuestra condición, para superarla lo antes y más

radicalmente posible. Que dejemos de reconocernos de inmediato en esta humanidad orgánica, natural y primitiva. Con la esperanza, tal vez vana, de que la multitud de defectos que nos acompañan puedan desaparecer, o al menos diluirse, durante la profunda e interminable transformación.

Finalmente, otros llaman posthumanismo a esta nueva era posterior a la del ser humano, siendo el transhumanismo la vía del cambio y la posthumanidad su resultado.

Sin duda que las ideas incluyen mucho de utopía y locura. También descansan a su vera temores bien fundados, terrores atávicos que nos llevan a Frankenstein y también a la deshumanización. Pero me temo que hay más verdad y fatalidad en ambos conceptos de lo que nos atrevemos a aceptar. Por mucho que nos opongamos al cambio, ya está ahí. La tecnología avanza imparable, las modificaciones se acumularán y llegará el día en el que, lo queramos o no, nuestros descendientes se despierten en su mundo posthumano y nos contemplen como nosotros observamos los restos del australopiteco o, peor aún, con la curiosidad y sorpresa con la que el científico estudia y valora el espécimen frente a su microscopio.

Juan Luis Monedero Rodrigo

CARTAS AL DIRECTOR

(tan imaginario como la superior inteligencia de nuestra especie)

MANIQUÍES

Sé desde hace mucho tiempo que los valores de nuestra sociedad están en franca decadencia. Me refiero a aquellos que merecen tal nombre. Los que heredamos de nuestros antepasados, más cuerdos en sus limitaciones que nosotros en nuestra prepotencia y modernidad. Los que nos permitieron elevarnos sobre nuestra miserable esencia animal hasta alcanzar el milagro de la civilización.

Nuestro tiempo descreído e inmoral es, sin embargo, mudo testigo de la pérdida de tales valores. ¿Cuál será el mundo infame que leguemos a nuestros hijos? ¿Qué vida miserable aguardará a nuestros nietos? La triste respuesta está plagada de horrores, tangibles tanto como morales.

Contaminación, materialismo, hedonismo, impiedad, ateísmo. La lista de lacras y pecados a los que condenamos a esos futuros inocentes parece no tener fin.

Es por ello por lo que, desde mi humilde posición y partiendo de mis limitadas entendederas y apasionado corazón, deseo poner un pequeño grano de arena que sirva, junto con otros muchos, para revertir esta horrenda tendencia y aportar una brizna de luz y filantropía a ese tétrico futuro. Si todas las personas de bien remamos en el mismo sentido lograremos retrasar las calamidades y tal vez logremos evitarlas.

Entre tantos pecados que entran por los ojos a los débiles de espíritu y los volubles y manipulables adolescentes no es el menor de ellos el del culto a la imagen y las modas pasajeras. Por ello he decidido dirigir mi atención al funesto mundo de la moda y los maniquíes, modelos hoy en día de ambos sexos, para proponer un pequeño cambio en las costumbres que podría elevar de modo súbito e imprevisto la autoconfianza de muchos consumidores actualmente abocados a la tristeza, la envidia y la cosificación.

¿Qué idea peregrina es esa de proponer como modelos a féminas y varones de belleza inmarcesible, jóvenes, sanos y robustos? Aun cuando parecería preferible modificar los cánones de belleza, para que no sean los famélicos y escuálidos los más apreciados, entiendo que es asunto complicado el marchar contra una tradición que, con altibajos, podemos remontar, cuando menos, a la Grecia Clásica o tal vez al antiguo Egipto faraónico con sus jeroglíficos y sus delicadas representaciones de individuos delgados que, en perfil, no mostraban ninguna prominencia abdominal. Por ello propongo una medida más sencilla y saludable. En lugar de mantener como maniquíes en los que exhibir las ropas a los actuales Venus y Adonis con los que los modistas nos martirizan en las pasarelas, propongo usar como modelos a personas de ambos sexos feas, desgarbadas y contrahechas. Que ya sé que lucirían peor las prendas, pero tal sería mi objetivo. Y que nadie se crea que voy en contra de los intereses comerciales de la publicidad sino muy al contrario. ¿No se dan cuenta, señores míos, de que el uso de tales beldades para atraer compradores de ambos sexos solo genera decepción, insatisfacción y tristeza en los clientes? Bien que el anzuelo publictario funciona. Porque, quien más quien menos, tiende a ilusionarse pensando que esas prendas vaporosas que lucen tan estupendamente en los modelos quedarán igualmente bien sobre sus rechonchas figuras. Pero es vana ilusión, como todas —y muchos— hemos

comprobado una y otra vez. Jamás nos parecemos a los maniquíes que exhiben las prendas sino que, por hermosos que sean los atuendos, nuestros rasgos se tornan los de un adefesio por la mera comparación.

Sin embargo, supongan por un momento el caso contrario. Si una joven horrible viste una prenda y la prenda sigue brillando sobre ella es seguro que cualquier clienta que utilice la misma vestimenta también saldrá realzada y, con ello, también se elevará su autoestima porque, en este caso, sí podrá afirmar con razón que a ella la favorece más que a la modelo. Y lo mismo vale para el mozo que luce los ropajes. No hace falta colocar un monstruo, sino cualquiera feúcho y con mal tipo para que quien compre y de verdad use en la calle la adquisición pueda ufanarse de su aspecto. ¿No es mejor que toda persona normal y aun las feas pueda presumir y sentirse con razón favorecida en lugar de situarles el listón de la comparación a la altura de bellezas apolíneas?

Tomen nota, señores diseñadores, porque esta idea mía es el futuro, además de una obra propia tanto de la caridad cristiana como de la simple bondad hacia el prójimo. Una clientela satisfecha formada por millones de personas que se ven más hermosas supone, a mi juicio, una perfecta campaña mercantil. Y un mejor futuro para tanta gente que hoy en día tiene que lidiar, tristemente, contra sus complejos y defectos. Ya saben: modelos de ropa, tanto hombres como mujeres, feos, mal conformados y que no puedan lucir las prendas que vistan.

Nicolasa de la Olla y Redondo de Ternera

(viuda de De Lego y heredera de Cocó Chanel)

POR UN FUTURO LEVÓGIRO

Se impone la necesidad de un triunfo de las izquierdas. Desde hace ya cierto tiempo, se elevan voces que exigen un lenguaje más igualitario, sea para las diferencias sexuales o raciales. Nuestra lengua castellana, antigua y machista, cargada de todo tipo de prejuicios, no ha evolucionado lo suficiente como para adaptarse a unos tiempos de mayor libertad y equidad. Ni tampoco la hemos obligado a evolucionar. Es por ello, por el retraso lingüístico junto con el sesgo de prejuicio que incluye, por lo que,

desde estas humildes páginas, me atrevo a alzar la voz en favor de los zurdos, gremio olvidado y abundante al que yo mismo pertenezco, lastrados en nuestra cotidianidad tanto por el prejuicio histórico como por los absurdos, o mala intención, del idioma.

Estoy harto de que lo siniestro se identifique con malvado y hasta demoniaco. Me molesta que hacer las cosas bien sea hacerlas a derechas y que, si quiero convertirme en el apoyo principal de mi jefe, deba hacerlo como su mano derecha. Igual que las decisiones se toman a derechas y los fallos reiterados suponen no dar una a derechas. No me satisface que la posición de honor sea el asiento situado a la diestra. Estoy cansado de que se considere lamentable levantarse con el funesto pie izquierdo. Fastidiado hasta el extremo cuando se confunde mi zurdera con torpeza, siendo hábil o diestro cuando se tienen buenas manos, propias de la destreza. Alguno hay que describe como cucho al zurdo cuando quiere indicar que está mal conformado o incluye el rasgo de la impericia. Que el zurdo o chueco sea tramposo ya me cansa. Me deprime saber que lo siniestro es lóbrego, tétrico o malvado, avieso, oscuro o malintencionado. Me enfada que, si logro manejarme a la perfección con ambas manos, me vuelva ambidiestro o ambidextro, que igual da —casi prefiero maniego, aunque no se use—, olvidada la torpeza de la mano maldita. Tampoco mejoran las cosas cuando se identifica el lado derecho con la fuerza y hasta lo masculino. Y no entraré a valorar lo que significa seguir un camino derecho, ir derecho a algún lugar o, simplemente, tener derecho a algo. En el lado contrario, no me compensa que ambos términos pierdan su connotación y se igualen cuando uno reparte lo que sea a diestro y siniestro —o diestra y siniestra, como dicen por América—, hermanados en este caso pese a la direccionalidad. Y, por más que no sea de uso común en nuestra lengua, en ocasiones se copia el anglicismo de considerar que el especialmente torpe en el baile está dotado de dos pies izquierdos. Acaso me anima ver que, cuando se usan los pies, un buen zurdazo futbolístico está muy bien valorado, tanto o más que el correspondiente derechazo. Y en mi ánimo, como en las convicciones políticas, puede pesar que el término derechona resulte despectivo e incluya la connotación de ranciedumbre. Pero ello no impide que me sienta marginado e infravalorado por mi condición. De modo que, ya que mi naturaleza y la de muchos otros hermanos de zurdera no va a variar, cambiemos, por favor, el sesgo del lenguaje.

Cucho Izquierdo Zurdo

A LAS GENERACIONES FUTURAS

Esta es una carta de disculpa. No pretende ser una justificación, pero sí un intento de explicación de lo que, para alguien de otro tiempo que quiero pensar más avanzado —aunque tal esperanza puede ser fruto de un absurdo optimismo por mi parte—, ha de resultar sin duda incomprensible, cuando no ridículo, malintencionado o, meramente, suicida.

Soy optimista pensando que puedan existir lectores futuros. No me refiero para esta nota intrascendente redactada por mi muy prescindible pluma. Sino lectores en general, entes pensantes y sensibles de los que hoy conforman el género humano o sus virtuales sucesores. Tal vez no existan y hasta es probable que este miserable mundo y todos los que lo poblamos salte por los aires en breve y arrastre con su destrucción a culpables igual que inocentes, humanos y de toda especie o condición. Ahí radica el optimismo pero, o mucho me equivoco en mi apreciación, o sí que soy realista al suponer que, caso de quedar algún tipo de descendencia de características semejantes, haya de ser una especie mejorada con respecto a nosotros, natural o artificialmente, en lo animal tanto como en lo tecnológico y, más aún, lo moral. Si quien lee estas líneas en el futuro no se espanta al estudiar nuestra época y nuestra historia considerándonos bárbaros y salvajes, alejados de la civilización tanto como de la verdadera humanidad, significará no solo que poco se ha progresado sino que hemos sido capaces de arrastrar nuestro aborrecible modo de vida y nuestra estupidez durante algún tiempo más para aproximarnos al límite del precipicio y dejarnos más próximos a la frontera del fin del mundo, del día de nuestra extinción y la de todo cuanto podamos afectar con ella.

Y, sin embargo, pese a una visión tan desesperanzada respecto de un supuesto inmovilismo, pese a la vergüenza que me permita sentir por mí mismo y mis semejantes con respecto a esos supuestos humanos del futuro que hayan logrado trascendernos y avanzar en el camino de la civilización, el objetivo principal de este alegato no es el de enlodar nuestra imagen sino el de intentar suavizar la impresión nefasta que podamos dar a esos descendientes futuros y reducir la condena de su mirada posada en nosotros, en los representantes del triste y bestial pasado que han conseguido superar.

Quien nos contemple desde el futuro sentirá espanto, asco, pena, vergüenza, ira. Nos señalará como culpables con su dedo justiciero. No sé si alcanzará a perdonar nuestros múltiples crímenes y pecados, pero sí que

veo como cosa cierta que no podrá comprenderlos puesto que le resultaremos lejanos, imposible ponerse en nuestro lugar. O casi.

Porque, igual que nosotros, al más puro estilo de Manrique y en más de una ocasión, miramos el tiempo pasado como mejor que el nuestro añorando detalles y modos que ahora nos resultan lejanos, por más que no podamos imaginar siquiera sus penurias, vicisitudes, pensamientos, suciedad o vicios, alcanzamos el suficiente grado de empatía para reconocer al humano y sus limitaciones, así quizá nos observen nuestros descendientes futuros. Con la diferencia de que ninguna generación, salvo las que han ocupado este planeta durante la última centuria, ha tenido en su poder la capacidad para destruir literalmente el mundo ni modificarlo hasta el extremo en que nosotros lo hemos logrado.

No pediré perdón o clemencia. No trataré de disimular nuestros atroces comportamientos. Ni de justificarlos cuando nosotros mismos, una mayoría de humanos, individual y colectivamente, somos ya capaces de verlos ante nuestras narices hoy en día y desde hace décadas. Pero sí intentaré explicar cómo es posible que, pese a todo, persistamos en el error, como si no nos importasen el mañana ni el mundo que dejaremos a nuestros descendientes.

Tal vez todo se encuentra en el acervo genético de nuestra especie. Pero me inclino más bien a pensar que, sin negar la influencia de nuestros instintos animales y un punto de irracionalidad, buena parte de nuestras torpezas se asientan en la inercia y la costumbre, junto con una buena dosis de manifiesta ignorancia.

Tendemos a mantener los comportamientos y costumbres asumidos sin plantearnos su bondad o conveniencia. Porque los suponemos válidos en la medida en que se dieron en el pasado y no supusieron una catástrofe, sino que parecieron gozar de éxito y buena fortuna. Lo que sirvió antes debe servirnos para el presente y es más cómodo usar lo conocido que buscar novedades y arriesgarse con ellas. No de otro modo se explica el éxito de los conservadurismos o la persistencia en mantener nuestros usos.

No nos damos cuenta, o no queremos, de que el mundo cambia y, peor aún, de que las costumbres pueden ser nefastas para la nueva realidad. Por eso nos obcecamos, como en el pasado, en suponer que nuestro planeta es capaz de asumir y depurar todo aquello que arrojamos a él tras usarlo. Que lo aceptable para quinientos millones de humanos lo sigue siendo para siete mil millones. Que en un mundo en el que la sanidad ha extendido la esperanza de vida y ha reducido la mortalidad infantil sigue

siendo válida la máxima religiosa, y sacralizada, del crecer y multiplicaos. Que los conflictos del pasado, por el mero hecho de verse lejanos, están superados. Que el consumismo no solo es viable sino que se presenta como nuestra única opción de futuro. Que una democracia decimonónica, con una representatitividad sesgada y parcial, en la que se escogen representantes para largas temporadas, sigue siendo válida en pleno siglo XXI. Que también nos vale una enseñanza de igual época en la que se siguen plazos fijos y todos los alumnos reciben un trato semejante. Que, igualmente, el trabajo físico sigue siendo necesario y saludable. Y que, debido a nuestro sistema político y social, anteponer el mercado a la felicidad de las personas o a suministrarles unos recursos mínimos es algo razonable. Que, en un mundo cada vez más complejo, nos podemos permitir mantener una sociedad inculta e idiotizada, con un mínimo de conocimientos prácticos, para evitar una supuesta conflictividad. Que la libertad individual ha de traducirse en un individualismo competitivo y, sin embargo, no exigimos ningún tipo de democracia en lo económico, aceptando como válidas las tiranías del mercado y sus multinacionales. Que los nacionalismos románticos son un modelo justo para nuestro tiempo. Que envolverse en la bandera justifica dividir sociedades y enfrentar grupos humanos. Que el fin, cinco siglos después de Maquiavelo, sigue justificando los medios. Que es lícito favorecer y proteger a las minorías antes que a todas y cada una de las personas que conforman una sociedad. Que es justo crear asociaciones de países o personas en las que existen líderes que pueden hacer su santa voluntad y tienen derecho a vetar las decisiones de la mayoría. Que el bien común retrocede ante el interés y ya no se considera un fin necesario. Que seguimos creyéndonos reyes de la creación con derecho a usar el planeta y a nuestros vecinos, incluso a los humanos que nos son semejantes, como si fueran de nuestra propiedad. Que el semejante puede ser contemplado como inferior, basándose en cualquier estupidez racial, cultural o la mera contabilidad de las riquezas que uno posee. Que, visto todo lo anterior, nos atrevamos a suponernos entes superiores y avanzados en vez de los descendientes directos de unos cavernícolas, con todo mi respeto por nuestros pobres antepasados.

Me temo que seguimos siendo, en fin, unos seres primitivos, apenas racionales, que se dejan llevar por instintos y emociones, egoístas hasta el extremo, incapaces de escuchar y comprender al prójimo, orgullosos y pagados de nosotros mismos, prepotentes y henchidos de poder, que confundimos con majestad. Simples niños jugando con fuego y capaces de

hacer saltar al mundo y al vecino por los aires. Admito, después de todo, que me gustaría que el lector del futuro comprendiera que somos unos seres tremendamente limitados, condicionados por nuestra historia y una enorme carga de ignorancia, instintos, costumbres y atavismos. Pero que, leyendo lo que acabo de escribir, asumo que no solo no merecemos ese perdón futuro que nunca he querido pedir sino que, me temo, me empieza a parecer increíble que las gentes del futuro alcancen siquiera a comprendernos o sentir empatía por nuestras miserias. ¿Acaso nos entendemos nosotros mismos?

Si el mundo funciona por casualidad y pese a nosotros, pese a nuestra rudimentaria mente que nos obcecamos en considerar racional, igual que nos convencemos de que una moralidad superior alienta en nuestro interior, sobrepuesta y triunfante sobre el animal, parece poco realista suponer que nuestra descendencia pueda elevarse sobre tan tristes mimbres y desgraciados orígenes. Aunque claro, esa misma casualidad que nos ha permitido mantenernos sobre la Tierra durante unos cientos de miles de años tal vez se obceque, o al menos lo consienta, en que, al margen de nuestra indudable incapacidad social, sigamos poblando este mundo mientras le quede, y nos quede, un hálito de vida.

¡Lo siento, hijos míos, me temo que no damos para más!

Juan Luis Monedero Rodrigo

EPÍLOGO

Llegamos al final aunque, en este caso, más bien parece el principio. Todo lo que hemos heredado de nuestro pasado reciente, también acontecimientos más remotos cuya influencia es difícil de determinar y, ante todo, nuestros actos presentes, han conformado el mundo en el que vivimos actualmente y constituirán, junto con las modificaciones que vayamos añadiendo, la herencia que dejemos a nuestros hijos y nietos. Una herencia incómoda, sin duda, terrible en ciertos aspectos. Y no puede dejarnos tranquilos el hecho de pasar el testigo, como si con ello nos deshiciéramos de la responsabilidad. «Vuestro turno, muchachos». No funciona así. No sirve ni basta. Somos responsables de ese futuro porque nuestro legado se lo condiciona y delimita cuáles son sus posibles movimientos.

Bien es cierto que el futuro será suyo, de su propiedad. Y que, al fin y al cabo, también será suya la responsabilidad de construirlo, con todas las limitaciones y condicionantes que les hemos transmitido. ¿Cuáles serán, pues, sus banderas? ¿Qué estandartes nuevos o usados enarbolarán para avanzar en su difícil camino? Por más que nos empeñemos en ello será imposible que lo podamos predecir. Para asuntos humanos, tan complejos como lo suelen ser y más si afectan al total de nuestra especie, los augurios nunca son fiables. Quizá no son siquiera pertinentes, más por la prepotencia que implican que por los múltiples errores que puedan contener. Pero parece claro que la crisis actual se prolongará y diversificará, que los problemas crecerán al tiempo que las soluciones se hacen pequeñas, mientras los callejones que ahora parecen amplias y diáfanas avenidas acaban estrechándose. Muchos, tal vez, se bloquearán. Pero permitidme confiar en nuestros herederos. El espíritu humano, sobre todo el de los jóvenes, está cargado de ímpetu y optimismo. Su hambre de vida creará nuevos problemas pero tal vez, solo tal vez, surja entre nuestros descendientes alguna luz que alumbre el camino del futuro y permita al ser humano superar los problemas actuales, aunque solo sea para tropezarse con los que le esperen a la vuelta de la esquina, justo cuando el futuro inmediato se haga presente y demos una vuelta de tuerca más a la evolución de nuestra compleja sociedad, llena de tecnología, cultura y emociones humanas.

Sea cual sea el futuro que nos depare el devenir de estos tiempos inciertos, ojalá podamos superar los infinitos obstáculos presentes que tanto nos agobian y aquellos más imprecisos que solo acertamos a vislumbrar. Ojalá podáis exclamar: «bienvenidos al futuro». Está en vuestras manos alcanzarlo, hijos y nietos nuestros. Demostradnos que era posible.

EL PUNTO Y FINAL

Hemos terminado. Una vez más, como tantas otras, alcanzamos un nuevo número que añadir a la ya extensa cuenta de ejemplares de esta revista. Ha costado. Tiempo, esfuerzo, paciencia. También ilusión. La misma con la que llevamos un par de décadas sobreponiéndonos a cada instante de desánimo. La travesía ha concluido y ofrecemos a la luz, a vuestro escrutinio y criterio, un nuevo título de la revista. Satisfechos y exhaustos cerramos página tan solo para abrir una nueva. En esta ocasión

hemos echado en falta algunas voces más con que acompañar las nuestras. Pero no nos quejamos. Mil gracias a nuestro nuevo portadista, Nelson Barragán, por esa espléndida bandera que nos ha regalado. Gracias también a Patxi López por su profunda reflexión y ejercicio de ucronía. También, cómo no, al inefable El temible burlón. Incluso a todos esos personajillos que nos resultan tan familiares y nunca nos abandonan. Por lo demás, esperamos que os agrade el contenido de estas «banderas». Hacédnoslo saber, por favor. También si no os ha gustado comunicádnoslo y explicádnoslo.

Os esperamos para la siguiente ocasión. Próxima o lejana, seguro que llegará. No os impacientéis. Os necesitamos. Vuestros oídos tanto como vuestras voces. Colaborad, por favor, para que este mínimo sueño siga en marcha. Leednos, criticadnos. Haceos oír a través de nuestras páginas. Gracias a todos los que habéis hecho posible este periplo ofreciéndonos vuestra mente e inteligencia, participando como lectores o redactando alguna que otra página.

Podéis enviar vuestras colaboraciones a:

e-mail: despertardelosmuertos@yahoo.es

Y, si lo deseáis, bajaos cualquiera de las revistas desde nuestra página web:

http://www.eldespertarmuertos.es

Hasta la próxima.